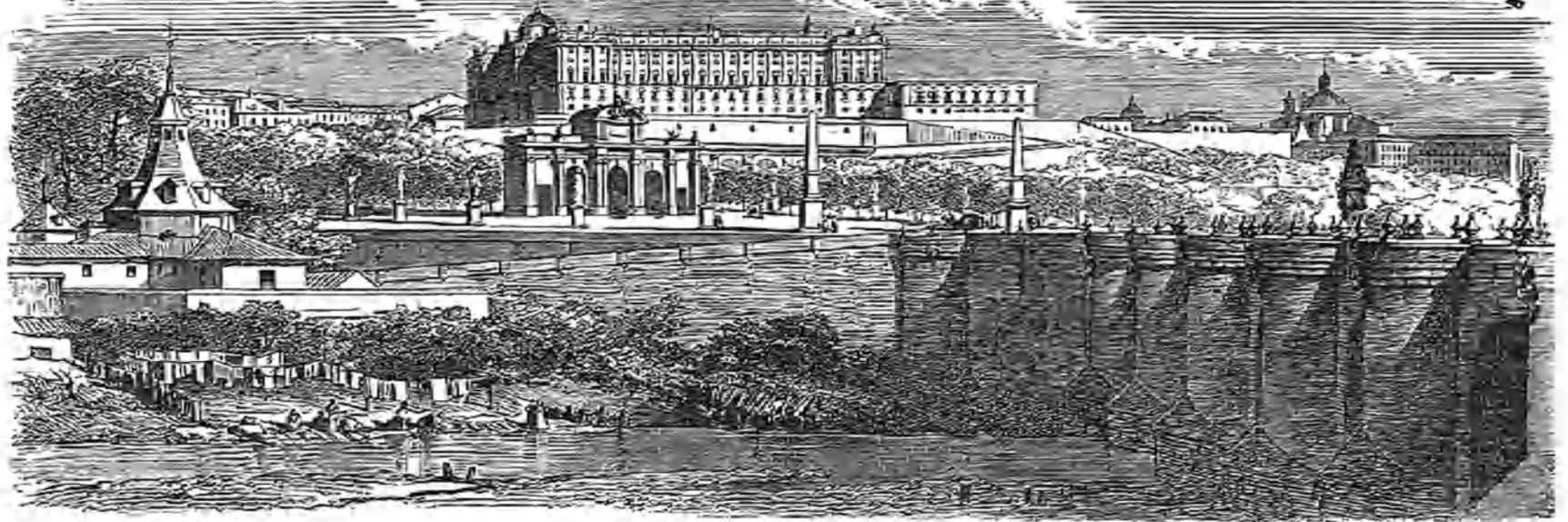


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 30 DE MAYO DE 1872.

NÚM. 58.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Crónica de la quincena, por D. B. Perez Galaz.—Mercados de Madrid, por Píoño.—Ligero estudio histórico, por D. José Fernovi.—El primer sombrero, por D. José María de Pereda.—El huésped, cuento fantástico (continuación), por D. Carlos Coello.—Cervantes y la noche de difuntos (continuación), por D. Gaspar Bono Serrano.—El hombre azul (continuación), por D. Peregrin García Cadena.—El ciruelo del rey D. Pedro, por D. J. B. Dantón.—Don Sabino Medina y Peñas, por X.—Descripción del figurin de modas, por M.—No hay deuda que no se pague... Cuento original (conclusión), por D. Alvaro Romeo.—Modas, por doña María del Pilar Sarrat de Marco.

GRABADOS.—Congreso de los Diputados. León de bronce fundido en Sevilla, fotografía de Laurent, dibujo de D. Daniel P.—Don Sabino Medina, dibujo de D. A. Perca.—Jurídica. Estatua en mármol, original de D. Sabino Medina, dibujo de D. A. Perca.—El 25 de Abril. Fiesta de los artistas en Roma, croquis remitido por el Sr. Agrasot, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Catedral de Murcia. Capilla de los condes de Velez, fotografía de Laurent.—Almacenes del nuevo mercado de la plaza de la Cebada, dibujo de D. José Luis Pellicer.—Conduccion de los heridos y prisioneros de la acción de Najarra a Durango, dibujo de D. Alejandro Ferrant.—Figurin de modas, dibujo de D. Daniel P.

carada que se dirigió á la gruta de Cervaro; pasó allí el día entre alegre bullinjo y sabrosas meriendas, y regresó luego, ya caída la tarde, al reflejo de antorchas, bajo los balcones iluminados del Corso; disolviéndose con gritos de alegría en la plaza del Pópulo.

Los artistas que componen la mascarada eligen cada

año el presidente de la fiesta, y esta vez ha merecido semejante distincion el pintor español Alvarez.

Entre las personas distinguidas que han asistido á la última fiesta en concepto de curiosos, se cuentan varios principes; uno de ellos el príncipe Humberto. Tambien asistió Ricciotti Garibaldi.

ECOS.

El 25 de Abril, fiesta de los artistas en Roma, precioso grabado que hoy publica LA ILUSTRACION DE MADRID, se celebra en el sitio llamado gruta de Cervaro: es una mascarada dispuesta por la colonia artística que estudia allí las grandes obras del genio italiano, y en la que tambien figuran los pintores, escultores y arquitectos de aquel país. Mucho tiempo hace fué instituida esta fiesta, que no se habia interrumpido sino estos últimos años.

La últimamente celebrada se ha verificado con mayor brillantez que nunca: caballeros vestidos á la antigua; gendarmes á la Federica; carros orientales que figuraban mezquitas en miniatura, y que iban ocupados por califas y haries; sphais; negros; españoles vestidos á la usanza de nuestro país; multitud, en fin, de otras disfraces vistosos y originales, como invencion de la imaginacion de los artistas, hé aqui el cuadro que ofrecia esta mas-



CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.—LEÓN DE BRONCE, FUNDIDO EN SEVILLA.

El croquis del precioso grabado á que me refiero lo ha remitido á LA ILUSTRACION DE MADRID el distinguido pintor Sr. Agrabot, uno de los que más honor hacen en Roma á las artes españolas.

* *

El interesante episodio de la insurrección carlista que en estampa publica hoy LA ILUSTRACION DE MADRID, bajo el título *Conductos de los heridos y prisioneros de la acción de Mañaria á Durango*, continúa la serie de los ya publicados con motivo de aquel triste suceso.

Según los informes, revestidos hasta el momento de carácter más verídico, los carlistas, en número de 3.500 á 4.000 hombres, mandados por los cabeceillos Amilibia, Ayastuy, Aspe y otros, ocupaban las alturas de los peligrosos desfiladeros inmediatos al pueblo de Galdácano. Al pasar la división del general Letona hicieron sobre ella un nutrido fuego. Inmediatamente dicho general dispuso, que la primera brigada, con el batallón de cazadores de Puerto-Rico en guerrilla, flanquease en cuanto fuera posible aquellas difíciles posiciones, y haciendo jugar la artillería con objeto de proteger el movimiento de sus tropas, logró desalojar á los carlistas y avanzó hasta Mañaria, descansando allí por ser cerca del anochecer, y por la necesidad de enviar á Durango los heridos.

—

Un distinguido militar de los que tomaron parte en esta acción, debe la vida á que una bala enemiga, que iba dirigida á su corazón, tropezó, aplastándose contra su reloj.

Era un reloj de áncora... de salvación.

* *

Yo supongo que habrán visto Vds. algún león, no de los que figuran en el calendario, sino de los que privados de su libertad, originarios de los desiertos de África, viven en las jaulas de las colecciones de fieras.

Fuerte y magnánimo, el león sabe vencer y sabe perdonar; ataca al elefante que es mucho mayor que él y desprecia á los animales débiles: si desgarró y destruye es por necesidad; le es preciso vivir: cuando ha satisfecho su hambre, el desierto está en paz. Su figura es imponente, su mirada altiva, su ademán fiero; terrible su voz. Su talla no es informe como la del elefante ó la del rinoceronte; ni pesada como la del hipopótamo ó el buey; ni muy recogida como la de la liebre y el oso; ni demasiado larga y desfigurada por desigualdades como la del camello; es, por el contrario, tan proporcionada, que el cuerpo del león parece ser el modelo de la fuerza unida á la agilidad. Tan sólido como nervioso, sin hallarse cargado de carne grasa, sin las superfluidades de la materia, todo es nervios y músculos. Esta gran fuerza muscular se revela exteriormente por sus saltos prodigiosos, por el movimiento brusco de su cola, con la que puede derribar á un hombre; por la facilidad con que mueve la piel del rostro, en particular la de la frente, y por la facultad de agitar su hermosa melena, la cual, á veces, se eriza en grandes mechones que coronan su rostro como las curvas hojas de una palmera, ó se agitan á uno y otro lado como máscas combatidas por vientos contrarios.

Los leones de mayor tamaño tienen de longitud ocho ó nueve pies.

Creo que estas líneas son bastante comentario del grabado que aparece en la primera página de este número, en lo que se refiere á la historia natural; para completar la noticia diré que el original de esta ilustración no está en el desierto ni en colección alguna, ni es de carne y hueso, sino que se halla en la escalinata de la fachada principal del Congreso, y que es de bronce, fundido por el modelo del escultor Sr. Pozzano, en Sevilla, con los cañones tomados al enemigo en la guerra de África.

—

Una historia, entre otras, historia que vosotros conocéis acaso, pues es de fecha reciente y ocurrida en Madrid, prueba que el león reúne á cien bellas cualidades el sentimiento más hermoso, el de la amistad.

Hace pocos años había un león en la casa de fieras del Retiro. Muchas veces habréis sin duda contemplado con cierto temeroso respeto, tras de la doble reja, aquel hermoso animal que os miraba, recostado sobre las leonas del pavimento, con majestad de rey, con la despreciativa serenidad del enemigo encadenado pero no vencido.

Un día, su guardián, queriendo saber hasta qué pun-

to son ciertas las dotes de magnanimidad y nobleza que se atribuyen á los leonas, le puso dentro de la jaula un infeliz perrillo.

El león dirigió una mirada al nuevo huésped—que poco enterado de la historia natural, temblaba creyendo llegada ya su hora postrera—y no se movió del rincón en que tranquilamente reposaba royendo los huesos del desayuno.

Lejos de lanzarse sobre el perro y abrirla el vientre de un arañazo, pareció apiadarse de él, y le dejó vivir. Hizo más, le permitió comer con él.

Poco á poco, el placer de tener un compañero se convirtió en necesidad, y no permitió que se le quitara el perro.

Este, por su parte, se acostumbró á la horrenda figura de su nuevo amigo, y se encontraba tan bien en su compañía, como con otro individuo de su propia especie.

Pasóle al león con el perro, lo que al hombre con la mujer; conociendo el gosquecillo la fuerza que le daba su debilidad, se convirtió en tirano, en verdugo de su protector. Tomaba sin ceremonia alguna su parte de la comida del león; y hasta le quitaba mal humorado alguna piltrafa de entre los dientes, sin que el animal africano, especie de Hércules dominado por Omfelia, se incomodase jamás: le dejaba escoger; y se hubiera quedado en ayunas si el estómago de aquel impertinente y procativo can, enorgullecido con la impunidad, hubiera sido tan grande como lo era su pequeñez.

¡Qué más! Cuando el león comía algo que le gustaba al perro, éste, le ladraba, le mordía irritado. El león le miraba con bondad, como si le hiciera gracia la indignación de su ruin compañero, ó como si él, incapaz de dejarse dominar por la fuerza se sintiera dichoso en la esclavitud de la amistad. Muchas veces el león jugaba con su camarada, y entonces le cogía suavemente entre sus manos y lo daba vueltas, echándolo á rodar y lo pagaba golpecitos en la cabeza; pero todo esto con tanta delicadeza y ternura que no le causaba el más leve daño.

Era de ver en alguna ocasión, durante estos juegos, cómo el león abría la boca y se tragaba al perrito que salía enseguida, á la carrera, como Jonás del vientre de la ballena; gruñendo y chillando, y revolviéndose contra su aéreo agresor que agitaba sus melenas y movía la piel de su rostro, á manera de un sátiro satisfecho y gozoso.

Á la muerte de su amigo fué cuando el león demostró todo el afecto que le profesaba. Su dolor se manifestó en dos grandes ruidos.

Se trató de darle un nuevo compañero; pero la vista de un nuevo perro, lejos de hacerle esperar los mismos placeres le irritó más aún: y el pobre animal que se le quería dar por amigo fué una víctima sacrificada en memoria del primero.

¡Noble y elocuente ejemplo dado al hombre, que, no tan sólo abre su pecho á nuevas amistades, sino que puede también—; vergüenza y horror causa tan sólamente decirlo!—casarse en segundas y aún en terceras nupcias!

—

Comprendo que los cañones cogidos al enemigo en la guerra sirven para fundir estatuas de héroes ó monumentos que inmortalicen esas hecatombes que se llaman victorias; pero no creo que sean el material más apropiado por su significación moral para fundir los adornos de un Congreso político en el que el eco, salvo momentos excepcionales, repite siempre palabras de paz y fraternidad universal.

Los bronces de adorno de un Congreso en el siglo XIX debieran ser producto de la fundición de las baterías de cocina, máquinas de imprimir y fabricación, y de las herramientas de trabajo que quedasen inútiles en su pacífico y provechoso ejercicio.

* *

La fachada exterior de la capilla del marqués de Velaz, en la catedral de Mérida, es una muestra de las bellezas arquitectónicas diseminadas por los templos de la Península. Su sencillez y su elegancia la hacen digna de ser reproducida y coleccionada en el álbum artístico de LA ILUSTRACION DE MADRID.

* *

Tengo ante mis ojos un sinnúmero de apuntes para los ecos de esta quincena, como ninguna animada y bulliciosa; que empieza en San Isidro y acaba en el Córpus; dos grandes fiestas populares ricas en incidentes y episodios de todo género.

Tengo apuntes; pero no tengo espacio.

Paréceme, pues, al que tiene semillas y no tiene tierra donde sembrarlas.

ISIDORO FERNÁNDEZ FLORES.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

La corte celestial, como el mundo, contiene sus clases, sus jerarquías, sus eminencias, así como sus ídolos populares; su aristocracia y su estado llano, por más que la divina gracia, á todos por igual repartida, tienda á establecer un nivel social, digámoslo así, allá como aquí bastante difícil. Los Isidoro, los Agustinos y los Jerónimos son encanto de la gente sábia, al mismo tiempo que sirven de honesto recreo á los humildes, Antonio de Pádua, Francisco de Asís y Domingo de la Calzada. Los jóvenes escolares que en el seminario tienen por ideal las dulces angustias de una devoción esclatante, se entusiasman con Luis Gonzaga, Fernando de Castilla, Luis de Francia, Isabel de Hungría sacan de quicio á los reyes y conquistadores; Ignacio de Loyola entusiasma á los hombres de genio que aspiran á dirigir la sociedad hácia un fin determinado, y el pueblo tiene por ídolos á Juan el Bautista, á José, esposo de María, á Pedro el pescador y á Isidro de Merlo y Quintana (que estos parece ser los apellidos del santo Patron de Madrid), con lo cual, y teniendo en cuenta estas aficiones fundadas sin duda en compatibilidades de carácter, se puede afirmar que el cielo se parece un poco á la tierra.

Además, los pueblos tienen sus preferencias, porque la honrilla nacional ó comarcana se aviva cuando tiene representación en aquellos altos lugares, y en este concepto el pueblo de Madrid es tan fervoroso amigo de su santo labrador como los napolitanos de San Genaro, cuyo palacio existe escondido bajo las aguas del Mediterráneo; como los navarros de San Fermín; como los gallegos de Santiago y como los zaragozanos de la Virgen del Pilar, á ninguna otra Virgen parecida. Excelente hombre debió ser el humilde criado de los Vargas, cuando inmediatamente después de su muerte sus paisanos se apresuraron á tributarle ferviente culto, siendo muchos los milagros verificados con su intercesión. Según las noticias que han llegado hasta nosotros, San Isidro no sólo era labrador sino también albañil, y en el patio de la casa de Vargas, situada junto á la parroquia de San Andrés, existe un pozo labrado por él con humildad, tan grande como su piedad, le atrajo en vida la veneración de cuantos le conocían, y hasta los mismos ángeles del cielo no se desafiaron de ayudarle á llevar el arado, ó de entenderse ellos solos con las faenas del campo, mientras el santo se ocupaba en comunicarse idealmente con la divinidad.

La imaginación popular le asoció á las empresas militares de aquella época, y el pastor que se apareció á D. Alfonso VIII para señalarle el camino en la inmortal jornada de las Navas, no fué otro que el mismo San Isidro en persona, y así lo atestigüó aquel buen rey cuando, viendo el cadáver incorrupto del santo, dijo ser el mismo milagroso pastor que se le había aparecido y conducido su ejército por las asperezas de Sierra Morena la víspera de la batalla de las Navas de Tolosa.

Todo esto es muy problemático, como comprenderá el lector; pero es preciso respetar estas fábricas prodigiosas que, mezclando la historia con la leyenda, levanta el pueblo en sus buenos días de inspiración literaria. Muchos y muy estrados sabios maldecirán los errores que extravían el sentido popular, y harán grandes esfuerzos por establecer el imperio de la razón en ciertas lóbregas inteligencias, donde como en apartado desvan todas las supersticiones han tendido sus telarañas. Pero conviene á nuestro juicio andarse con pulso en esta empresa, porque tropezaremos con este pavoroso problema, escrito con feísimos caracteres en las puertas que conducen á los recintos del cuarto estado: ¿Qué es preferible: el pueblo supersticioso, según la escuela antigua, ó el pueblo filósofo, según la escuela de la *Internacional*?

* *

La fiesta del santo ha sido este año, como todos los años, una aglomeración de gentes formada por la rutina, reunión de muchos miles de personas que se creen en el deber de achicharrarse si hace calor, de remojarse si llueve, sudar, echar los bofes entre estrujones y tropiezos, exponiéndose al mismo tiempo á todas las consecuencias de una perversa digestión. No cesaremos de admirar la estúpida conformidad de los que, sin ser obli-

gados á ello, se resignan por puro idealismo á encajonarse en un ómnibus, á pasear por una calle de árboles sin sombra, á la orilla de un río sin agua y sin fuentes, á acercarse á una ermita donde no se puede entrar. El madrileño, fiel á sus tradiciones, cree que se divierte exponiendo sus cascos á la acción de un sol abrasador, bañándose en un agua cálida y un vino bautizado; cree que es feliz tocando un pito de cristal adornado con una flor de trapo; cree que se eleva sobre las miserias terrestres bailando al son de una murga en la frágil tienda de campaña construida con tapices viejos y sesteras rotas; y como es dichoso el que cree serio, es inútil razonar sobre este punto.

Además, la romería no deja de tener sus emociones. Un ómnibus que vuela en la cuesta de la Vega, un coche que atropella á un transeúnte en la puente segoviana, son impresiones de viaje que atraen más de un inglés monomaniaco y aburrido, si la noticia de esta peregrinación hubiera llegado hasta Inglaterra. Por otra parte, si uno de los susceptibles puentes que comunican las orillas del Manzanares se ofende de tanto peso, y decide en su alto criterio quebrarse por lo más delgado, los pasantes recibirán una inesperada sorpresa, y gan un buen baño, si nuestro querido río llevara el agua suficiente para ello.

Peró aunque no tropiece con ninguno de estos inconvenientes, el madrileño torna á su casa con el bolsillo exhausto, el estómago lleno de indigestas comidas é irritantes licores, sordo el aparato auricular por los chirridos de tres mil trompetillas infantiles, ardiente el cerebro, cargados los ojos, pesados los pies y cubierto el rostro de polvo y sudor, como carlista que vuelve de Oroquieta ó de Mañaria.

Vuelve á hablarse de una Exposición Universal en Madrid. La idea se inició en un banquete celebrado por el Sr. Marcoartú en el hotel de París, con asistencia de varios individuos de la prensa, de algunas autoridades y de otras respetables personas que se han distinguido por su amor á los verdaderos y fecundos progresos del país. No puede negarse que el deseo es bueno, y que los comensales del Sr. Marcoartú están llenos del más profundo y fervoroso celo; pero dudamos mucho que el proyecto pueda realizarse, apesar de que idealmente se intentó allí allanar los caminos que pueden conducir á tan noble fin. Sólo logrando distraer por un año la atención del público de las cosas políticas, se haría un inmenso bien al país, aunque en cambio del sacrificio de un entretenimiento favorito no se le diera una Exposición Universal, que traería tantos forasteros á la capital, y empavesaría los edificios, dando alegría á los ánimos y nuevos pretextos para divertirse.

Peró esto es un poco difícil, aunque no dejamos de aconsejar que se intente, si no con propósito de conseguir de una vez el objeto anhelado, por lo ménos con la esperanza de hacer un ensayo que sería tal vez precursor de un éxito completo en plazo lejano. Una Exposición modesta, simplemente nacional ó ibérica, admitiendo, sin embargo, productos extranjeros, si está en los límites de lo posible, previo un gran esfuerzo de los que dirigen la administración en el gobierno y en el municipio: aspirar á más sería locura, cuando aún es dudoso que España esté representada en el concurso de Viena, como puede y debe esperarse. El Sr. Marcoartú calculó los gastos en cien millones, cifra que tiene cierta significación aterradora cuando se acaba de revelar desde la tribuna del Congreso la existencia de un déficit fabuloso. Además, no basta la seguridad de encontrar ese piquillo en tiempo oportuno. Una Exposición Universal exige requisitos y circunstancias que España y Madrid no pueden tener sino después de algunos años de paz, no interrumpida por ninguna barrabazada carlista, ni por frecuentes crisis ministeriales que mantengan al país en constante estado de angustiosa expectativa.

Si grandes aspiraciones, contentándonos con los medios harto escasos que ofrece al estado presente, podríamos si celebráramos un concurso modesto y poco ruidoso, que más sirviera de estímulo en casa que de aparato y pompa fuera de ella. Todos los ensayos en distintas capitales de provincia han producido brillantes resultados: uno al casi concurren todas las fuerzas de la nación, sería muy importante, y tal vez abriría caminos hoy para todos completamente cerrados y oscuros.

Mucho dieron que hablar los presupuestos presentados por el Sr. Camacho con el plausible objeto de normalizar una Hacienda desquiciada, á la cual es preciso

aplicar toda clase de puntales para que no se venga al suelo. Como en tiempo del económico rey D. Fernando VI, nuestro Erario necesita ser apuntalado, aunque no por sobre de dinero. No es preciso decir que los nuevos impuestos no gustan á nadie: hasta ahora no tenemos noticia de que en ningún tiempo ni lugar haya existido un impuesto que alcanzara las simpatías del pueblo destinado á pagarlo, y si esta es la ley natural que preside á la existencia de todas las instituciones tributarias, júzguese lo que pasará cuando llueva sobre mojado, es decir, cuando usen impuestos sobre impuestos, engrosándose unos á otros, y... pero casi sin sentirlo estamos hablando de presupuestos, cosa bien rara en quien se ve precisado á conjeturar que le estorban los números, como estorban los signos de la escritura á quien no sabe leer. Además, esto se roza con la política, y siguiendo por tan aspero y oscuro camino iríamos á parar á un punto del cual huiríamos con sistemática prudencia.

No retrocediendo á tiempo tendríamos que hablar de los carlistas, cosa desagradable; de las sesiones de Córtes, asunto espinoso; de la crisis, materia extremadamente repulsiva. Además, cuando estas líneas vean la luz, ¡qué lector de LA ILUSTRACION no habrá por otros conductos más diligentes en traer y llevar noticias, que hemos tenido una nueva crisis ministerial, que la insurrección carlista ha derramado bastante sangre preciosa, con otros tristes hechos que omitimos por no ser de este lugar?

Nada de esto está bajo nuestro dominio. Pasando á nuestra natural esfera, sin juramento se nos podrá creer que sentimos que no se hayan publicado en estos días cien mil obras, para dar cuenta de todas ellas, estimulando á sus beneméritos autores y lanzando sobre el indolente público toda clase de anatemas para que se decida á comprarlas. Desgraciadamente esas cien mil obras no existen. De las pocas publicadas recientemente hemos dado cuenta, si no nos falla la memoria, y si alguna por olvido se quedó sin mención, fué la del señor Tubino titulada *Cervantes y el Quijote*, que vino al mundo por los mismos días de abril en que conmemoramos la muerte del grande hombre. El libro del señor Tubino es un trabajo concienzudo y eruditísimo tan bien pensado como galanamente escrito, y en el cual se prueba de un modo indudable que no hay fundamento para atribuir á fray Luis de Aliaga la paternidad del *Quijote bastardo*. Lo mismo en el razonado alegato que constituye la parte principal de la obra, que en las elocuentes disertaciones sobre el *Sentido oculto del Quijote* y el *Barrío de las Musas*, demuestra el Sr. Tubino sus sobresalientes dotes de crítico y escritor.

B. PÉREZ GALDÓS.

MERCADOS DE MADRID.

Uno de los servicios á que toda Administración municipal debe atender con esmerada solicitud y marcada preferencia, es sin duda alguna el de los mercados públicos, que como centros de contratación son y serán á todas horas muy concurridos por las diversas clases del vecindario que á ellos acude para proveerse de los artículos más necesarios á su diaria alimentación.

Y si en todos los lugares y en todos tiempos los Municipios han cuidado y deben cuidar que sus mercados tengan el desahogo y comodidad necesarias á sus obligados concurrentes, en las grandes ciudades este problema es más apremiante, pues los mercados reflejan á las claras el grado de cultura y adelanto material que logran alcanzar los pueblos.

Por esta razón el Municipio de Madrid, preocupado muchos años há por lo complejo de este problema, se atrevió á plantearlo, y nombró al efecto comisiones muy numerosas, y todas por cierto muy inteligentes, que le estudiaban y propusieran la manera de resolverle.

Más de treinta años han pasado formándose expedientes, tanteándose proyectos, dibujándose planos y buscándose sitios para llevar á cabo tan útil y productivo pensamiento. Pero todos estos trabajos fueron anulándose ante el número inmenso de dificultades y obstáculos que iban surgiendo cada día.

Al Ayuntamiento revolucionario de 1868 cupo la gloria de acordar su definitiva un plan de tres mercados públicos en Madrid, estudiado por su antecesor, que con ménos suerte, solo pudo prepararle y disponerle para una resolución inmediata y directa.

En octubre y noviembre de dicho año de 1868, fué aprobada y mandada sacar á subasta la construcción de

tres mercados en Madrid, de los cuales, dos debían ejecutarse desde luego y el tercero algo más tarde.

El Ayuntamiento de 1869 (primero de los elegidos por el sufragio universal), logró ver realizada la subasta y venciendo muchas dificultades (que dignas son de contarse y á su tiempo lo serán en el libro que sobre Madrid y su Municipio está escribiendo y deberá publicar el ex-alcalde primero D. Manuel M. J. de Galdós) colocó con toda solemnidad la primera piedra, é inauguró las obras de construcción en junio de 1870, no sólo en la plaza de la Cebada (hoy de Riego), sino también en la de los Mostenses.

Desde entonces hasta hoy, los trabajos han seguido con alguna pequeña interrupción; y á fin de darlos á conocer, como buena memoria de los celosos concejales que los promovieron y secundaron, presentamos el adjunto grabado, que fija claramente los progresos de la construcción en el mercado de la plaza de Riego. Á su tiempo daremos otro semejante del de la plaza de los Mostenses, y también los planos y alzados de los nuevos y elegantes edificios que dentro de un año, poco más ó ménos, han de inaugurarse como mercados públicos de Madrid, proporcionando comodidad y asilo á sus vecinos, y un recurso no despreciable á los fondos municipales, y subiendo entonces la capital de España á la altura que merece y en que hoy no se halla, y en que otras ciudades le llevan hoy grandes y conocidas ventajas.

El mercado de la plaza de Riego tiene una planta irregular, cuya superficie mide 6.323 metros cuadrados, se halla aislado por cuatro vías públicas, cuyos anchos son 14 metros por la de Toledo, 12 por las de la Cebada y la Latina y 10 por la espalda ó sea al frente de Nuestra Señora de Gracia. El edificio en toda su extensión se compone de planta baja ó sótanos destinados al almacenaje, cuya altura es de 5 metros 20 centímetros sobre estos sótanos. Hoy ya en totalidad armados y concluidos se elevarán varios pabellones, cuya altura será de 10 metros en su parte horizontal y de 15 hasta su respectivo lucernario, sobresaliendo entre ellos el central, que desde la planta de los sótanos hasta su total altura medirá 33 metros.

Para vaciar los sótanos ha sido necesario cavar y transportar 30.977 metros cúbicos de tierra.

Las alcantarillas y atarjesas construidas miden 310 metros lineales; la cimentación ha gastado 338 metros cúbicos de mampostería; las fábricas hechas con ladrillo ordinario representan hoy 1.093 metros cúbicos y 1.131 las de ladrillo prensado ó fino; 4.35 metros cúbicos 20 centímetros ascendiendo la masa representada por las bases de granito, y á 29 metros 82 centímetros la de sillares lios apilados del mismo material.

En 5 de enero del presente año fué colocada la primera columna de hierro de los sótanos, y hoy se hallan ya colocadas las 186 que sostienen su armadura compuesta además de piezas longitudinales y transversales, que son vigas armadas con roblones de palastro, y vigas de doble T de hierro laminado.

Son las columnas de forma octógona y miden una altura de 4 metros 530 milímetros, siendo su diámetro en la base 0 metros 350 centímetros y en la parte de arriba 0 metros 280 centímetros. Las hay de dos clases de espesor, unas que servirán de apoyo á las columnas de los pabellones superiores, y otras que sólo están destinadas á sostener el piso. Las primeras tienen de peso 723,92 kilogramos, y las segundas 509,92 kils. Las vigas armadas con roblones tienen de peso 979,30 kils., siendo su largo 5 metros 960 milímetros.

La construcción de todas las piezas de hierro se ha hecho y sigue haciéndose en Inglaterra, y hoy se halla casi á punto de desembarcar en puerto de España todo el material que ha de formar el pabellón, cuyo emplazamiento corresponde á la calle de Toledo en su vuelta á la de la Cebada.

Representa el hierro colocado en la actualidad, nada ménos que 1.100 toneladas; la suma del total que ha de emplearse en ambos mercados (plaza de Riego y Mostenses), no bajará de 3.500, y ascenden á 1.500.000 rs. las cantidades hasta ahora gastadas en todas las obras y material.

¡Quiera el cielo que ni la empresa desmaye en su propósito, ni la corporación municipal desanime la determinación del sitio en que debe levantarse el tercer mercado; y de este modo, aunados los deseos y esfuerzos de todos, veamos dentro de muy poco á la capital de España con tres mercados públicos, que hagan más tarde desaparecer y renovar cuantos hoy conocemos en Madrid y son padrón afrentoso de su policía municipal!

FLAVIO.

LIGERO ESTUDIO HISTÓRICO.

GRECIA Y ROMA; ALEJANDRO Y CESAR.

ARTÍCULO PRIMERO.

Introducción: Grecia, su cultura; Alejandro, su civilizador.

I.

La sociedad marcha, y un incesante movimiento progresivo guía sus pasos á través de los tiempos. La obra grandiosa del perfeccionamiento humano se va realizando por los esfuerzos unidos de todos los hombres, por el trabajo continuo de todos los siglos.

La civilización avanza siempre... A veces, sin embargo, los pasos supremos y decisivos de la humanidad van acompañados de profundas conmociones, en que parece como que la civilización se apaga, que las sombras triunfan, que la sociedad retrocede... Cuando llega la hora de la oportunidad, vemos la tierra iluminarse al sombrío resplandor de sangrientas luchas, y entre el rumor de los ejércitos que perecen, y sobre las ruinas de los imperios que se derrumban, levantarse un pueblo como impulsado por una fuerza superior; su vencedora espada destruye todas las demás nacionalidades; su carro de triunfo borra los límites de los demás pueblos; su glorioso estandarte ondea en la cúpula de todas las ciudades. ¡Qué poder le impulsa? ¿A qué fin obedece? Es que cultiva las tierras, es que abona los campos donde ha de germinar una idea fecunda de provechosos resultados para las generaciones venideras... No; el progreso no muere; porque los desquejamientos sociales, las inmensas revoluciones obedecen siempre á un fin providencial, y son el gran laboratorio que prepara á la sociedad humana para un nuevo y fecundante período de vida.

Los acontecimientos de la historia se relacionan y eslabonan en la inmensa cadena de los siglos. La obra á que da comienzo un pueblo, á veces la completa y termina otro, después de un intervalo de dilatadas edades.

En la antigüedad, dos pueblos sustentan sucesivamente en sus manos la antorcha de la civilización; Grecia y Roma; dos hombres resumen en sí el genio de sendos pueblos: Alejandro y César. Ambos, oyendo una voz misteriosa que les llama á la realización de grandiosos destinos, aspiran á un mismo ideal; y, grandes conquistadores, teniendo por instrumentos el rayo del genio que ilumina sus espíritus y el rayo de la victoria que centellea en sus manos, encadenan á sus pies la tierra, transformando su faz bajo la presión de nuevas y salvadoras ideas; ambos se unen y completan en el trascurso de los tiempos, siendo, en distinto continente, los precursores de Cristo.

La obra que comienza Grecia con Alejandro en Oriente, la termina Roma con César en Occidente.

II.

La civilización, al abandonar el Asia, que ya en triste postración ningún adelanto le podía prestar, vino á acampar en una pequeña península del extremo meridional de Europa.

Las grandes sociedades en cuya alma alienta la civilización del mundo, cuando suena la hora de su decadencia, abdican el cetro de los destinos humanos en aquel pueblo que la Providencia les señala. Grecia es ahora el elegido; y este pequeño pueblo llega á ser un día el primer actor en el inmenso drama de la humanidad; el gigante que extiende sus dominios desde el Indo hasta el Adriático, desde el Desubio á la Etiopía; el gran artista que arranca nuevas y preciosas notas á la naturaleza con que enriquece el maravilloso concierto de la civilización universal.

Grecia, rodeada de tres mares, y protegida al Norte por el estrecho paso de las Termópilas, es el fuerte baluarte que ofrece seguro albergue al espíritu del progreso humano; de naturaleza rica, variada y armoniosa, bajo un cielo que siempre sonríe, arrullada por

la música de sus olas, despierta incesantemente el amor á lo bello, es una abundosa fuente de inspiración, la eterna mansion del arte.—El arte es la expansión del alma de Grecia; el arte nos refleja aquella portentosa civilización, que tuvo con Fidias al primer escultor de todos los tiempos, con Demóstenes al orador inmortal, con Homero al padre de los poetas del mundo.

La poesía, primera manifestación del arte griego, es el magnífico espejo que retrata el cuadro de las costumbres, los sentimientos, las esperanzas, el engrandecimiento, la postración, la vida entera de Grecia.—La poesía épica canta los tiempos fabulosos de la antigua Heliada, las portentosas hazañas que esta consigue en el Asia: la colosal lucha de Occidente contra Oriente. Homero con su *Iliada* y *Odisea* basta solo para inmortalizar

sus majestuosas rainas á través de tantos siglos, parecen evocar todo un mundo de gloriosos recuerdos, todo aquel pasado esplendor de la Grecia.—El cincel esculpe perpetuamente en los hermosos mármoles de Paros el genio ideal griego en toda su espléndida pureza. Diana y Apolo en Delfos, Minerva en Platea, Némesis en Maraton, y la Pallas Políada, que colocada sobre el Acrópolis de Atenas parece proteger la mansion de las artes y los héroes, son modelos acabados de perfección; pero el Júpiter Olímpico, del que decían los poetas que Fidias había subido al cielo para copiar del padre de los dioses aquel imponente ademan, aquella majestuosa actitud, aquella sencilla sublimidad, es la expresión más soberana, el inmortal arquetipo del arte griego.—La oratoria levanta un monumento impercedero de

elocuencia, que el incesante embate de los siglos no logra destruir, y al que todas las edades vienen á rendir merecido homenaje. En él se leen grabados los nombres de Demóstenes, Esquines, Isócrates, Isao, Licurgo, Hipérides, Dinarco, Alcidas, Hagesipo, Démades, y coronando esta brillante serie de oradores, el olímpico Pericles.—En la música luchan una práctica ligera y una teoría infinita. Con Aristóxanes no tiene más miras que el placer y el halago de los sentidos; con Pitágoras es una creación vastísima, es el gran instrumento con que el Criador formó los mundos.

Las ciencias también remontan su vuelo, y las matemáticas, la astronomía y la geografía se desenvuelven en esta nación portentosa, en orden superior á todas las demás de la antigüedad. La filosofía resplandece con Sócrates, Platon y Aristóteles... Mas la civilización helénica es esencialmente artística. La belleza es el amor, es la religión del pueblo griego. El arte es el sagrado édico que eleva perpetuamente á su dulce divinidad... El arte griego tiene una fisonomía especial, típica. La hermosa y ardiente alma de Grecia, al vibrar en las áureas líras de sus poetas, al esculpirse en las soberanas maravillas de su cincel inmortal, dejó impreso cierto luminoso sello de idealidad, como eterna reverberación de ese su genio divino, que hizo de los griegos los primeros artistas del mundo, de su civilización, el impercedero santuario del arte.

III.

Hemos visto el desenvolvimiento intelectual de Grecia. ¡El desarrollo político, corresponde á aquel portentoso movimiento!... ¡Ah! no: aquellas leyes exclusivas que no veían en el extranjero más que á un enemigo, en el vencido más que á un esclavo; el aislamiento á

que se condenó cuando gravitaban en sus manos los destinos del mundo, no correspondían á los altos fines humanos que tenía que cumplir; y falta la nacionalidad helénica de esa vigorosa sávia que prestan los lazos políticos y las relaciones materiales con otros pueblos, muere, como una luz que consume el jugo que la alimenta, cuando las semillas de su civilización se esparcen por el mundo.

En vano Alejandro, al aparecer en la nación griega, intenta corregir tan inmenso error político llevado de su espíritu de universalidad: equívoco al camino, como dice Pelletan, y marcha al revés de la civilización: el germen de la decadencia había prendido en la sociedad helénica; su muerte era irrevocable.—Alejandro viene á completar y perfeccionar la obra de Grecia: ésta dilata prodigiosamente el espíritu; su cuerpo permanece aislado de ese movimiento; Alejandro quiere mezclar todas las razas, enlazar todos los pueblos, para infundirles después aquella alma; quiere convertir la tierra en una sola patria de todos los hombres. Fija su vista en Oriente, y le hace campo de sus conquistas para el cumplimiento de su plan civilizador. Su vida es un perpétuo triunfo. El Gránico le cosecha ricos laureles; en Iso, hiera de muerte á Persia; cometa la Siria; pasa por los mutilados cadáveres de Tiro y Gaza, los dos titanes que eran como avanzadas del Egipto; África le ve cruzar cual brillante meteoro, dejando en Alejandría hermosa ráfaga de luz; conquista la Asiria; en



DON SABINO MEDINA.

zar el nombre de aquella nación admirable: poeta sublime, que, semejante al astro del día, ve cruzar ante él edades sobre edades, siglos sobre siglos, sin que el resplandor de su gloria jamás se debilite, sin que el eco de su canto jamás se extinga.—La poesía lírica, despojada de las maravillas de la fábula y de la grandiosidad de la epopeya, es el reflejo de la vida moral de un pueblo, de sus afectos más vivos, de sus sentimientos más íntimos, y su acento, ya es tierno y amoroso con Saffo, que nos pinta las encontradas emociones del corazón, las alternativas de placer y dolor; ya triste y elegiaco con Simónides (de Keos) que lamenta las amargas desventuras de la vida; ya alegre y festivo con Anacreonte, que se regocija con los placeres del sentido; ya robusto y majestuoso con Píndaro, que canta el triunfo del vencedor en los juegos públicos.—La poesía dramática nos representa con Esquilo y Sófocles los más levantados sentimientos religiosos de una sociedad lozana y llena de robusta vida; el hombre elevado á héroe luchando contra el misterioso *fatum*; con Eurípides comienza á apuntar el período de declinación; y en Aristófanes, que censura amargamente los vicios de su época, vemos la triste degeneración de esa sociedad.

La arquitectura, sembrando de maravillosos monumentos la Grecia entera desde Corinto hasta Atenas, graba en páginas de piedra la gran historia de la nación helénica. El templo de Júpiter Panhelénico, el de Minerva, los Propileos, la Pallas, y el sublime Partenon, levantando aún



EURIDICE.—ESTÁTUA EN MÁRMOL, ORIGINAL DE DON SABINO MEDINA.

Arbeles apresura la agonía del mundo persa; y el incendio de Persépolis es el inmenso blando que alumbró los funerales del imperio de Ciro. La Sogdiana, la Scitia y la India hasta el Ganges, coronan la gran epopeya de sus conquistas. «La tierra entera, como dice la Sagrada Escritura, sumudece á su presencia.»

¡Qué figura tan colosal la de Alejandro en la historia! Parece como que se desprende de su siglo; salva dilatadas épocas; abarca edades ulteriores más perfectas, y quiere realizar en su tiempo la sociedad humana, que su ardiente alma mira en lo futuro. ¡Grande es la idea de fundir el Oriente y Occidente, edificando sobre robustas bases la unidad humana! Todo lo agota ante este hermoso sueño: todo lo intenta para llevar á cabo tan gigantesco plan.—Los ejércitos que se le oponen son aniquilados; las ciudades que se resisten son arrasadas. Celebra en una noche con toda la magnificencia oriental las bodas de 10.000 mujeres persas con sus mejores capitanes, para que sus desposorios fueren también los desposorios, el fuerte lazo de unión de ambos continentes. Lleva á remotos y distintos países las colonias griegas, á fin de esparcir entre sus habitantes la cultura helénica: sagradas vestales encargadas de velar porque el hermoso fuego de la civilización griega no se extinguiese en aquellos toscos espíritus... ¡Ah! pero en vano se afana: Tebas ya estaba destruida, Atenas y Esparta enervadas, el Oriente corrompido; y en aquella humanidad degenerada no podía realizarse su gigantesco ideal. Mas sus trabajos no son inútiles: sus esfuerzos no son estériles. Porque aquellas transformaciones sociales, aquellos ejércitos destruidos, aquellos imperios que se hundían, aquellas continuas mudanzas, na-

ciones florecientes ayer, hoy montones de ruinas, lugares poco há desiertos, hoy populosas ciudades, es la inmensa fermentación que prepara á la humanidad para nuevos y grandes destinos ulteriores.—Con Alejandro comienza á alborear esa civilización de unidad y armonía que más adelante con César iluminó al universo.

Alejandro, sin embargo, algunas veces deja de ser héroe para ser hombre. Bien documentadamente hablan los horrores de Tiro, Gaza y Persépolis; el refinado lajo que despliega después de la conquista de Persia; la vida de voluptuosidad á que se entrega en su fantástico palacio de Babilonia; su muerte en una orgía... Pero quizá su entusiasmo hacia el héroe cantado por la trompa épica de Homero, le hiciese á veces vengativo y sanguinario; quizá su soñadora imaginación de poeta encontrase irresistible encanto en la magnífica esplendor oriental, que le hiciese olvidar la severidad espartana; quizá la desesperación que se apodera de su alma al ver que no lo comprendía el orbe que intentaba engrandecer, quiera ahogar con la embriaguez y los placeres del sentido, y estos relajan y agotan su existencia en la flor de su vida... Con todo, no son éstas manchas que logren oscurecer la gloria del gran conquistador, empañar la memoria del hombre tal vez el más grande de la antigüedad.

Al aparecer Alejandro en la sociedad griega, ya ésta declinaba á su ocaso: él la detuvo en su caída, y la hizo brillar con mayor esplendor que nunca: mas para este nuevo engrandecimiento, no parece sino que condensó y agotó los restos de vida que en ella quedaban, y al morir, contempla tras de su ataud extinguirse los últimos fulgores de aquel espléndido sol.

El héroe griego funda un imperio tan grande, que él sólo podía sostener y abarcar con su poderoso genio gigantesco coloso, llevaba sobre sus robustos hombros el peso de dos continentes: falta él, y el inmenso edificio se derrumba, falta también de la base que le sustentaba.—Con el imperio de Alejandro muere juntamente la nacionalidad de Grecia: su muerte era necesaria, porque ya estaba agotada la vida de su espíritu, aniquilado el vigor de su cuerpo, y otra sociedad joven y llena de vida viene á la escena del mundo: esta era Roma. Grecia debía abdicar á su vez el depósito sagrado que recibiera del Asia, para que Roma continuase esa misteriosa obra de perfeccionamiento que el espíritu humano va elaborando lentamente á través de la inmensidad de los siglos.

La existencia de Grecia fué fecunda y provechosa: cultivando su alma esencialmente ideal, nos legó riquísimos tesoros de arte, que aún son de los hombres el pasmo y admiración: fundiendo con Alejandro el habla, las leyes, las costumbres de todas las naciones, mezclando las razas y los pueblos, abre á la humanidad el camino de esa civilización de unidad y de armonía, que después la espada de César prepara á la cruz del Redentor.

José Fornori.

EL PRIMER SOMBRERO.

I.

Un conocido mío que estuvo en Santander quince años há y volvió á esta ciudad el último verano, me decía, después de recorrer sus barrios, y de admirar los

atrevidos muelles de Maliaño, desde el monumental de Calderón:

—Decididamente es Santander una de las poblaciones que más han adelantado en menos tiempo.

Y después de hablar así del paisaje, echóse á estudiar el paisanaje, es decir, la masa popular en la cual reside siempre, y en todas partes, el sello típico del país, el verdadero carácter de localidad; pero tanto y tanto resabio censurable encontró en él, tanta y tanta inconveniencia admitida y respetada por el uso; tanto y tanto defecto condenable ante el más rudimentario código de policía y buen gobierno, que, olvidado de que semejantes contrastes son moneda corriente aun en las capitales más importantes de España, exclamó con desaliento:

—¡Qué lástima que las costumbres populares de Santander no hayan sufrido una reforma tan radical como la ciudad misma!

Y el observador, al hablar así, estaba muy lejos de lo cierto, porque precisamente es más notable el cambio operado aquí en las costumbres públicas que el que aquel admiraba tanto en la parte material de la ciudad.

Considérese, por de pronto, que los vicios de que adolecen actualmente las costumbres de este pueblo no sólo han disminuido en su número, con respecto á ayer, sino en intensidad, como diría un gaesillero hablando de las invasiones de una epidemia que se acaba; y téngase luego muy en cuenta que en todas las escenas en que hoy toma parte el llamado pueblo bajo, y en otras muchas más, figuraba antes en primer término la juventud perteneciente á las clases sociales más encopetadas.

Y no acoto con muertos, como vulgarmente se dice, pues aún no peinan canas muchos de los personajes que llevaban la mejor parte en empresas que más de dos veces degeneraron en trágicas.

Yo, que soy más joven que ellos, conocí las famosas pedreas de baja-mar, en las cuales se tiraban á muerte dos bandas capitaneadas por mancebos de elevada alcurnia. También presencié algunas de las sangrientas batallas que se daban frecuentemente entre los jóvenes de este pueblo y los mozos de Cueto y Monte. Las inolvidables *troncadas* que se pegaban en bahía dos lanchas tripuladas por gente de distintos bandos, y en cuyos duelos el infeliz que caía al agua no hallaba compasión ni auxilio más que entre los suyos, ocurrieron ayer, como quien dice.

No hay en Santander quien no recuerde á los insignes personajes *Tío Pipusla*, *Capa-rola*, *D. Lorenzo* y otros *ejemplares furfuris*. Todos estos tipos pasaron aquí por locos. Yo no diré que no lo fueran; pero sí aseguro que sus excentricidades tuvieron por causa, más que una predisposición natural, la implacable persecución que los infelices sufrían de todo el pueblo, de día, de noche, en la calle y hasta en el súpico y desahogado rincón de sus albergues.

Los socios de la *Unión soltera* y de la *Sociedad sin nombre*, eran el terror de los tipos y la pesadilla de los legos y sacristanes; hacían, por sus travesuras, intranquilas las calles en que estaban establecidas sus sociedades, y tenían por teatro de sus predilectas fechorías los bailes y paseos públicos, dejándolas sentir muy amenado en ocasiones como el rosario de la Tercera Orden de San Francisco, y las tinieblas de Semana Santa.

Encontrábase en la calle un grupo de elegantes que iban de paseo departiendo sobre los más graves asuntos que cabían en sus rizadas cabezas, con el pobre *Jerónimo* con su cara abotargada, su mirar verto y sus brazos caídos al desgaire.

—¡Infla, Jerónimo! le decían aquellos deteniéndose de pronto y rodeando al tipo.

Y éste hinchaba los carrillos sobre los enlaxos iban los *pias-berdes* descargando *papachoidas*, continuando después la interrumpida marcha, sin que á Jerónimo ni á los transeúntes ni aun á ellos mismos, les chocase el lanceo lo más mínimo; antes al contrario, creyéndole todos la cosa más natural del mundo. Como lo era detener á *Nitibax*, que todavía vivo, pedía la hora y responder el detenido, con esa cara de frío que le caracteriza: *«¡bu! tres!* aunque fueran las diez de la mañana. Como lo era también decir á Juan, el aguador, *«¡abobado sus Dios!* para tener el gusto de verle hincar la rodilla y santiguarse, aunque llevara sobre la cabeza la *herrada* lleus de agua, y contestar: *«Para siempre sea alabado su santísimo nombre,* con otra retahíla de que ya no me acuerdo. Como lo era asimismo convidar al *tío Cayetano* á beber en un café y darle una purga por *sanjula*, ó tinta de escribir por vino de Rioja. Como lo era, en fin, prender fuego al horno de la tía *Caca*, cuando roncaba *Miayo* dentro de él.

Todo esto y mucho más que no cito, por no hacer interminable este bosquejo, se consideraba entonces como *natural*, porque todo ello era en alto grado popular, penetrando la fama de estos tipos y la de su martirio hasta los más severos gabinetes de la alta sociedad.

No es mi ánimo discurrir aquí sobre si un pueblo que de tales pequeñeces se preocupa, es preferible ó no al que, como el de hoy, peca por el extremo contrario, por despreocupado y desdaliado; sobre si las *crudeles* cometidas entonces por la juventud llamada á encargarse de los futuros destinos de su país, revelaban mejor ó peor corazón que el que hoy debemos *suspirar* bajo la precosa formalidad que caracteriza á nuestros intonsos legisladores é imberbes periodistas. Dejo esta tarea al buen juicio del lector, y me limito á decirle que *in illo tempore* aún no se conocían en Santander las diligencias por la carretera, y creo que ni los vapores por la bahía.

Cuando la superficie de esta dormido lago comenzó á agitarse á impulsos de los *nuevos aires*, la clase acomodada fué reparando poco á poco en la estrechez del círculo en que hasta entonces había vivido, y, aborrido de un vapor por la boca del puerto, ó en el mullido interior de las *diligencias peninsulares*, por la carretera de Bocoño, salió á descubrir más anchos horizontes. Desde aquel momento, las costumbres populares de Santander sufrieron una transformación casi radical, y sólo quedaron en escena la clase del pueblo que viene dando hasta hoy grandes pruebas de que sobre ella pasan en vano años y civilizaciones, más algunos pocos recalitrantes de la otra clase, apagados con exceso á los viejos hábitos, que se limitaban á escaramuzas aisladas y completamente independientes de las feroces campañas del populacho.

A esa época pertenecen los brevísimos episodios que voy á referir, no por lo que en sí tengan de interesantes, que nada tienen, sino por el contraste que forman, atendida su reciente fecha, con la despreocupación y la tolerancia que caracterizan en la materia al Santander de hoy; y también por si encuentro un lector de allende estas montañas que al conocerlos exclame:

—¡Lo mismo sucedía en mi pueblo!

II.

Muy pocos años después de la desaparición de *Capa-rola* y de *Colbertera* de la escena del mundo, y cuando el martirio de *Miayo* y de *Jerónimo* corría de cuenta exclusiva de la gente menuda, é ingresaban en la Casa de Caridad *Don Lorenzo* y *Tombanavios*, entraba en España la primera locomotora y yo en plena puerbería... y á pensar temero de filosofía.

Robustote y fuerte por naturaleza, y hasta gordiflón (*quantum mutatus es ab illo!*), apesar de mis catorce años representaba diez y nueve; circunstancia que no dejaba de darme alguna preponderancia entre mis condiscípulos, sobre todo entre los que eran más débiles que yo. Pues señor, en aquel tiempo tuve un pariente mío la desdichada ocurrencia de regalarme un sombrero de copa. ¡Me parece que le estoy viendo! Era de finísimo castor aplomado, largo de pelo y apañadito de cilindro. Aunque no tan bajo, en el conjunto de su arquitectura se daba bastante aire á los que usan en este país los cascos de aldea.

Habrán observado Vds. que las familias clásicas han tenido siempre la obstinada manía de que sus muchachos se revistan cuanto antes de la mayor formalidad posible, y truequen por el de los hombres circunspectos el carácter y hasta los hábitos propios de la edad del trompo y de la cometa. La mía, es decir, mi familia, no mi cometa, fué en este punto una notabilidad, y puedo asegurar que desde el instante en que llegó á mis manos el condenado regalo, se trocaron para mí en amargura los antes dulcísimos placeres de los días festivos. No bien en uno de estos asomaba el alba y empezaba yo á respirar con íntima satisfacción, recordando que por aquel día no me aguardaban disertaciones matutinas ni traducciones de Horacio, cuando me hacía estremecer el arrastrado sombrero colocado sigilosamente durante la noche sobre el equipaje dominguero que debía vestirme al levantarme.

—¡Hoy no te escapas sin ponerle! me decían por todo consuelo. Y yo, no atreviéndome nunca á responder abiertamente que no, pero resuelto á ejecutarlo, aguardaba un momento oportuno para eucaquetarme la gorra y echar por la escalera abajo como perro goloso. Pero, ¡jorcen Vds. que yo gozaba después entre mis camaradas! ¡Ni por asomos! El recuerdo de lo que me esperaba al volver á comer por mi desobediencia, calificada ya de rebeldía; la idea de que por la tarde necesitaba jugar la vuelta otra vez á la gente de mi casa para salir á la calle sin la afrentosa *colmena*, y la consideración de que estos sudores tendrían que repetirse en adelante

cada día de fiesta, aplacaban mi espíritu y envenenaban mi sangre.

La razón que tenía mi familia para empeñarse tan tenazmente en que me pusiera el sombrero, era que yo *parecía un hombre*, y que, por lo tanto, me sentaba muy mal la gorra. Los motivos que yo tenía para no ponermele, eran de muchísima consideración para mí; pero, desgraciadamente, de ninguna para mi familia, porque no creía en ellos, por más que yo se los expusiera hasta con lágrimas en los ojos.

Y lo cierto es, acé para *inter nos*, que á veces se me iban los susodichos por el maldito sombrero, y que hubiera dado hasta una caja de pinturas que yo apreciaba en mucho por haber podido sacarlo á la calle impunemente. Tenía una fragata á toda vela pintada en el forro interior de su cúpula, que me enamoraba y parecía estampada allí para enseñársela á unos cuantos de mis condiscípulos que se daban humos de pintores, porque sabían *divisar* barcos con el amarillento jugo que sueltan en primavera los capullos de los chopos de la Segunda Alameda.

En esto llegó el día del *Corpus*, y yo iba á estrenar en la procesion un traje que tenía que ver. Se componía de pantalón á grandes cuadros, con trabillas de *botón*, *busca* de mezclilla verdosa con cuello de terciopelo, chaleco de merino perla con botones jaspeados, y corbata azul y roja con ancho lazo de mariposa.

Cuando, con esta atavío, me miré al espejo, confieso que me pareció muy mal la gorra, que, por vía de prueba, me puse en la cabeza; me encontraba con ella un sí es no es *descharacterizado*, y más que un elegante en toda regla, me parecía un mozo de mostrador cortajante dominguero de doncellas de labor. En cambio, con el sombrero puesto me hallaba en rigoroso carácter de *persona decente*, y hasta discurría en mis adentros la incesante pretension de mi familia.

Pero, ¡cómo me arriesgaba yo á lanzarme al público con la belluda cúpula sobre mi cabeza! La gorra no era elegante, en verdad; pero en cambio me permitía asociarme á mis amigos, correr, observar, divertirme y gozar sin tasa de los atractivos de la procesion. Pero con el sombrero... ¡Oh! Los inconvenientes del sombrero eran capaces de hacer sudar al muchacho de más agallas.

Mi familia debió apercibirse de mis vacilaciones, porque hallándose en lo más comprometido de ellas, supo explotarlas tan bien, tanto me aduló, tanto ponderó mi garbo y mi estatura, que, vencido al cabo, accedí á la gorra debajo de la cama, como si quisiera huir de todo peligro de tentacion, me calé el sombrero, cerré los ojos, y me lancé á la escalera zumbándome los oídos y viendo las estrechitas sobre celajes del rojo más subido entre relámpagos verdes y amarillos, y otras muchas cosas más que sólo se ven en circunstancias como aquellas y cuando aprietan mucho unas botas nuevas.

A media escalera se me pasó la fiebre, ví clara y despejada la situación, y retrocedí. Pero al llegar á la puerta de mi casa temí los anatemas de mi familia; pasó un breve rato comparando los dos peligros, elegí el peor, como sucede siempre á los hijos de Adán cuando les importa mucho lo que meditan, y me planté en el portal.

En el que me entraron nuevos y más copiosos sudores, porque nunca había contemplado tan de cerca lo arriesgado de mi empresa. Pero estaba ya resuelto á no retroceder por nada ni por nadie. Reconcentré en un sólo esfuerzo todos mis vacilantes bríos, y, como batista perzoso que toma el primer remojón, contuve el aliento, hincé los carrillos, cerré los ojos, y me lancé á la calle, sin que quepa describir el efecto que esto me hizo, porque yo no veía más que el ondulante palambre del plumizo alero que asombraba mis ojos extraviados.

No obstante, al doblar la primera esquina lograron grabarse con toda claridad en mis pupilas las escarpas diabólicas de dos pilluelos que departían amistosamente en un portal. Al verme uno de ellos, respingó como si le hubiera electrizado súbita alegría, llamó hacia mi la atención de su camarada, y exclamó con un acento que me atravesó desde la copa del sombrero hasta las trabillas de mi estirado pantalón:

—¡Aguar! ¡Qué piratería!

—¡Me la parten! dije entonces para mi chaleco perla.

Y acto continuo dos tronchos de repollo pasaron zumbando junto á mis orejas y fueron á estrellarse en la pared de enfrente.

Comenzaban á realizarse mis temores.

Hicome el desentendido á esta primera insinuación, apreté el paso, y pronto me encontré de patitas en la carrera de la procesion, que estaba enjaidita de gente; enchevando un rato entre ella me creía ya desahogado para todo el mundo marcad al barullo, cuando di

de hociens con un grupo de calaverillas domingueros, con gorritas de terciopelo, chaquetilla de paño negro, pantalón muy estirado de perneras y muy caído á la cintura, nada de tirantes ni chaleco y mucha punta de corbata; traje que en aquellos tiempos privaba mucho entre la gente jóven y de buen tono. Al verlos traté de hacerme á la izquierda, convencido de lo que me esperaba si me veían; y ya creía logrado mi propósito, cuando oí decir á uno de ellos con retintín que me heló la sangre:

—Siempre me han hecho á mí mucha gracia las bombas de castor.

—¡Eso vá conmigo! pensé yo, echando ambas manos á las alas del sombrero para asegurarme bien, y lanzándome resuelto á naufragar en aquel mar de gúnta. Media braza habría penetrado en sus profundidades, cuando un golpe despiadado sobre la cúpula belluda me hundió el ignominioso bombo hasta la punta de la nariz. Saquéle como pude, jadeando de angustia, esforcé aún más mi empuje, pisé á muchas personas que, por desgracia, todas tenían callos, bramaron de ira y de dolor, fijéronse en mí, y al ver el sombrero, como si fuera la cosa más lógica le saludaron con una descarga cerrada de *cótes* á la media vuelta, tan nutrida y constante, que á mí mismo me daba lástima de él.

Al cabo de tantos atropellos, mi espanto se trocó en furor. Recordé que yo también tenía puños y no flojos, y á ciegas como estaba por la vergüenza y el despecho, comencé á esgrimir los brazos en todas direcciones y á machacar cráneos, halláranse ó no coronados por apéndices tan ignominiosos como el que á tales malandanzas me arrastraba en aquel día infuasto. Pero mi heroica resolución sólo contribuyó á que me persiguieran más y más los ódios populares, los cuales al fin me estropearon un ojo y me rasgaron el faldón de la tuina. En tal situación logré llegar á la Ribera, que estaba, á Dios gracias, despejada de calaveras y pilletes, que todos eran unos.

Allí me atreví á contemplar entre mis manos el sombrero. ¡Cómo me le habían puesto! La copa se había derrumbado á la derecha, y como si todo él hubiese participado de la irritación en que se hallaba mi espíritu, tenía el pelo erizado como los gatos en pelta, y hasta se me antojó que su color plomizo se había trocado en verde bilioso, como debía ser entonces el de mi cara. Enderécé la copa como mejor pude, no por cariño, bien lo sabe Dios, y me dispuse á volverme á casa por calles solitarias.

A poner iba en práctica mi plan, después de prender con un alfiler el girón de la tuina, cuando distinguí un grupo de camaradas de colegio que venían hacia mí. Volé á su encuentro, ansioso de rodearme para un evento de corazonas nobles y caras amigas. Pero me engañé miserablemente. Ellos no corrieron hacia mí con la franca cordialidad que acostumbraban cuando yo llevaba gorra. Lejos de ello, se detuvieron sorprendidos; después se miraron unos á otros, enseguida se sourieron, luego me rodearon apostrofando irónicamente á mi sombrero, y hasta pretendió alguno de ellos *tomarle el pelo*. Esta desengaña me aplandó. Prometí solemnemente romper el bautismo al que tocara la copa maldecida, y por consejo de los mismos, que parecieron condolerse de mi situación cuando se la referí detalladamente, me dirigí á mi casa. Pero al pasar bajo el Puente de Vargas, y cuando apenas había salido del término de su sombra, una descarga de tronchazos llovió sobre mi cabeza. Al volver los ojos hacia arriba, no sin ciertas precauciones, sorprendí á mis amigos en el acto de saludarme con otra descarga. Huyeron al verse cogidos *in fraganti*; y yo, jurando romperles las narices en cuanto me pasara la gorra, metí el sombrero bajo la tuina y apresuré la marcha, prefiriendo aarme la mollera al sol á sufrir un martirio como el pasado.

De este modo llegué á casa, donde faltó muy poco para que me soltesen las espaldas por término de mis desventuras, pues nadie quiso creer el relato que de ellas hice, y todos se empeñaban en que las abolladuras del sombrero, y el girón de la tuina y la hinchazón del ojo, eran consecuencias de alguna travesura *indigna de mi modesta condia yo*. ¡Pícará justicia humana!

Esta nueva golpe me dió fuerzas con que ántes no contaba. Entré en mi cuarto, y con el placer que puede sentir un africano al desbandallar á un sábio inglés, rasgó con el corta-plumas en cuatro pedazos la execrable copa.

—Esto, pensé, me costará una felpa; pero me pone á cubierto de nuevas afrentas. *Sub-lata causa, tollitur effectus*, añadí, hasta con entusiasmo, recordando algo del poco latín que sabía.

Y á pique estuve de llevar la felpa cuando se supo en casa lo que yo había hecho con el peludo regalo; pero

no volví en adelante á sufrir amarguras como las de aquel infuasto día, y puedo asegurar á ustedes que tenía bien cumplidos los veinte cuando me atreví á presentarme en las calles de Santander con sombrero de copa alta.

III.

Repito que no saco á plaza las aventuras de *mi primer sombrero*, por lo que ellas puedan interesar á otra persona que no sea la que iba debajo de él cuando ocurrieron. Cítolas por lo dicho más atrás, y añado ahora, que lo que me pasó á mí en el mencionado día solemnemente estaba pasando en Santander á todas horas á cuantos infelices cometían la imprevisión de calzarse á la calle con sombrero de copa y sin algún otro signo característico de *persona mayor* y además *decente*.

Como hoy se provean los chicos de novelas ó de cajas de fósforos, entonces se proveían de tronchos de berza y de pelotillas de plátano; y había sitios en esta ciudad, como el Puente de Vargas, los portales del Pese Público, los del Principal, la embocadura de la cuesta de Garmendia y la esquina de la Plaza Vieja y calle de San Francisco, que constantemente estaban ocupados por esterminadores implacables del sombrero alto. Los pobres aldeanos de los cuatro lugares que no gastaban, como hoy, finos y elegantes hongos, si no enhiestos tambores de paño rapado, nalan incautos en estas emboscadas que muchas veces dieron lugar á furiosas represalias.

Para estos pobres hombres, para los señores de aldea y los polluelos de la ciudad, no se conocía en esta la compasión si llevaban sombreros de copa. En tales circunstancias no había amigo para amigo, ni hermano para hermano. Se perseguía á sus sombreros como á los perros de rabia, sin descanso, sin cuartel.

Esto es lo que se hizo conmigo el día del *Corpus*; esto lo que yo había hecho tantas veces con el prójimo; esto lo que yo alegaba ante mi familia para no ponerme el sombrero; esto lo que mi familia no quería creer... y todo esto pasaba en la ciudad de Santander, llamada ya *el Liverpool de España* por su riqueza mercantil y pretendida ilustración, ¡en el año del Señor 1848 y en algunos de más acá!

Y no se ría de ello la generación que siguió á la mía, y que no sólo se encasquetó el sombrero impunemente al cumplir los catorce años, sino que le llevó al teatro, y á butaca, después de haberle lucido en la Alameda, y fumigado con el aroma de un habano de á dos reales, lujos que á nosotros nos estaban prohibidos hasta en sueños; no se ría, digo, y acepte de buena fe lo que le refiero; que más gorda se ha de armar cuando ella crente dentro de quince años que en el de gracia de 1868, aún estaban en gran boga en Santander las *conceñadas* y las *jigantones*.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

EL HUESPED.

CUENTO FANTÁSTICO.

(Continuación.)

VII.

Al caer de una tarde del mes de julio atravesaban los dos amigos la puerta del Río, y después de cruzar el famoso puente romano, una de las antigüedades más preciosas de la ciudad, dirigieron sus pasos á lo largo de la orilla del Tórnes.

Andan despacio y de cuando en cuando se detienen; sus cabezas y sus brazos no guardan el mismo reposo: parece que disputan ó debaten acaloradamente. Acercámonos á ellos y escuchémosles; si el medio es indiscreto es el único para salir de la duda.

—Pero, ¡as posible, dice Maese Jacobo, es posible que un hombre como vos exiga por mera obtinación, por no pártarse á reflexionar un poco sobre sus palabras, en un error tan craso? ¡Vamos! No lo creería si no lo viera con mis propios ojos... y con mis propios ojos lo estoy viendo y no lo creo todavía.

Sonríase el licenciado y el otro continúa cada vez con mayor exaltación:

—¿De qué sirve la ciencia, la sabiduría acumulada durante tantos años de trabajo continuo, si no hasta á resistir un capricho que se le pone delante? Os digo que la empresa es disparatada, que ni vos, ni ningún hombre de la tierra, es capaz de llevarla á término, y que mientras más abinco y más tiempo y más estudios y desvelos gastéis en ella, la obra saldrá más defectuosa y falsa. Y os conjuro lealmente á que borreis de vuestra imaginación semejante idea... Mirad por vos; mirad que

será gran lástima que quien es hoy las delicias del emporio de las ciencias, se ve mañana contemplado con compasión, si no con burla, por los mismos que hoy le celebran y admiran, y acabe su desdichada existencia en un hospital de locos.

—Pues yo os digo á mí vez, replicó Fajardo con cierto aire de broma, á través del cual parecía distinguirse una mal contenida irritación, que he meditado detenidamente mi plan, que he modificado mis fuerzas y que las encontré suficientes para ponerlo en planta, pese á vuestras dudas y á vuestras desconfianzas y á vuestros escrúpulos de monja. Todo lo que decís en contra de mi proyecto no vale nada; no tiene otro fundamento que una afirmación que el mundo ha venido repitiendo como el eco del monte las voces de los pastores, sin darse cuenta de lo que oye ni de lo que repite.

—¿Luego creéis que el hombre puede conocerse á sí mismo con facilidad?

—No creo semejante disparate; pero si únicamente fuese posible lo fácil, el esfuerzo humano sería inútil, cuando no fuera innecesario. Creo que es difícil para todos los hombres llegar á adquirir una idea exacta de sus cualidades; conozco que la inmensa mayoría de ellos no podría adquirirla jamás; pero no considero imposible que algunos, dotados de condiciones excepcionales de entendimiento, de edad, de carácter, de situación, si se lo proponen con firmeza y no perdonan medio para ello, se salgan con su intención al fin y á la postre. Además, yo no considero esta tarea sino como un ejercicio de mi inteligencia y de mi voluntad, que á estas fechas están ya muy acostumbradas á él; desde que concebí la idea de escribir el *Estudio de mí mismo*, es decir, la historia y la crítica de mi vida, no he dejado una sola noche de apuntar en mi libro de memorias mis actos y pensamientos culminantes durante el día, y á renglón seguido en calificación imparcial y desapasionada.

—¿Hacía por vos?

—Hacía por mí... Raños enhorabuena; no os contengáis...

—Con vuestro permiso. ¡Pero vos no os reis también?

—¿Yo?

—Pues es extraño, porque si os conocierais como pretendéis, no dejaríais de hacerle al oíros desbarbar tan desdichadamente.

—Una pregunta para terminar esta conversación enojosa.

—Decid.

—Nuestro trato continúa, las muchas confianzas que vuestra discreción han merecido de mí, ¡son suficientes para que me conozcáis?

—Sin duda ninguna.

—Pues bien; tened la bondad de acompañarme hasta mi casa. Voy á daros lo que llevo escrito de mi obra; vais á leerlo esta misma noche, y mañana á la tarde hablaremos.

—Sez en buen hora, Pero, ¡sabéis lo que os digo?

—Lo sabré apenas lo digáis.

—Que sois un loco.

—Bueno.

—Y de los más terribles, de los incurables, de los que pretenden razonar su locura.

—En ese caso, más loco sois vos que discutís conmigo.

—No os olvidéis de intercalar esa frase en vuestra obra.

—¿Para qué?

—Para que haya alguna verdad en ella.

Mordiése los labios el licenciado, y huyendo del relente de la noche que ya había cerrado por completo, dieron la vuelta los dos amigos y penetraron en las murallas que rodean á la ciudad, sin haber tornado á renovar su conversación. El uno iba realmente enfadado y no trataba de disimularlo en lo más mínimo; el otro, abstraído en profunda meditación, dejaba de cuando en cuando entrever en sus labios una maliciosa sonrisa.

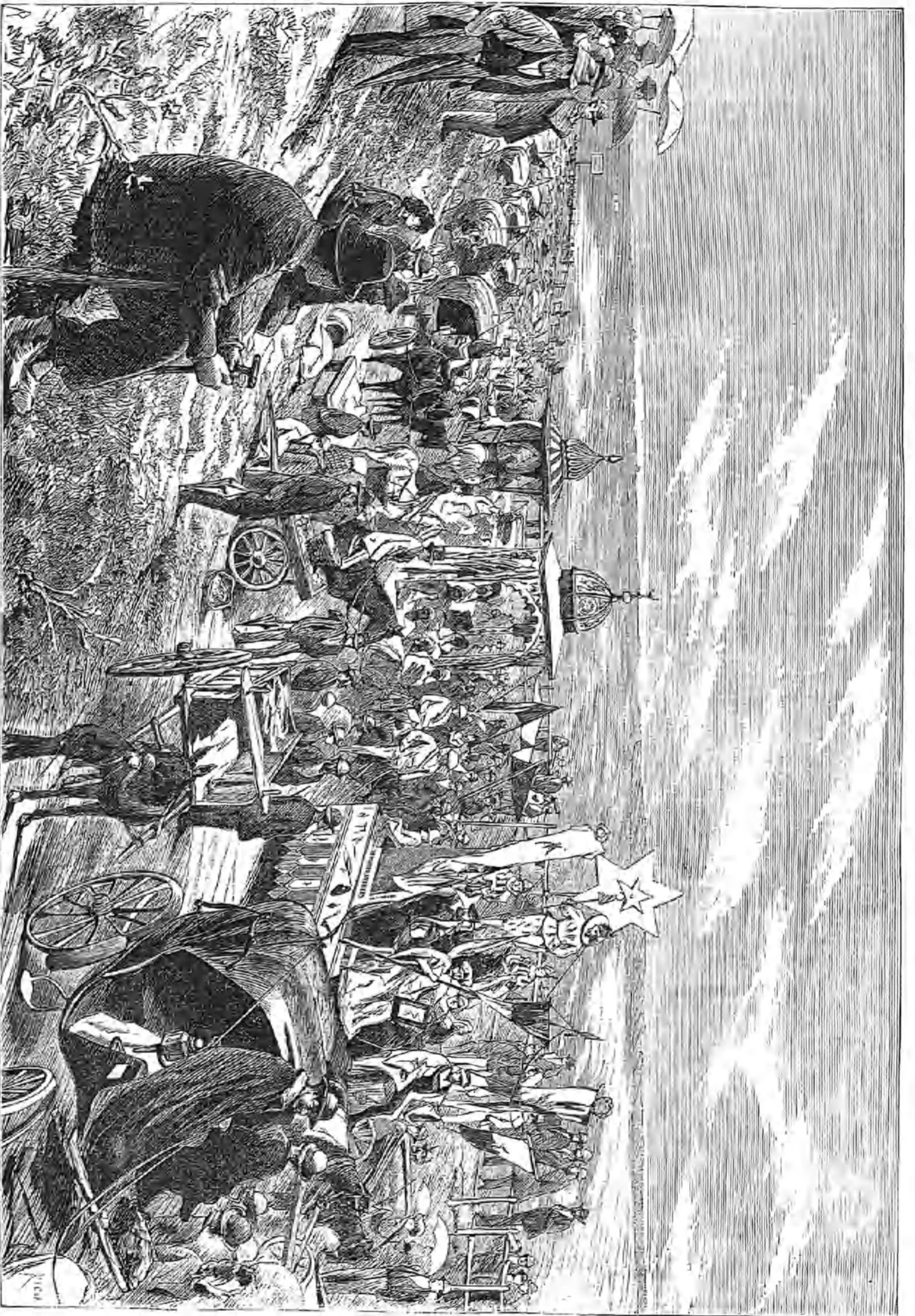
VIII.

Maese Jacobo abrió la puerta de su camaranchón y dió dos vueltas á la llave apenas estuvo dentro; encendió la lámpara, colgó el sombrero y la capa, y arrojando sobre la mesa un legajo de papeles, se arrellanó cómodamente en el sillón, soltó la cinta que los sujetaba y comenzó á leerlos.

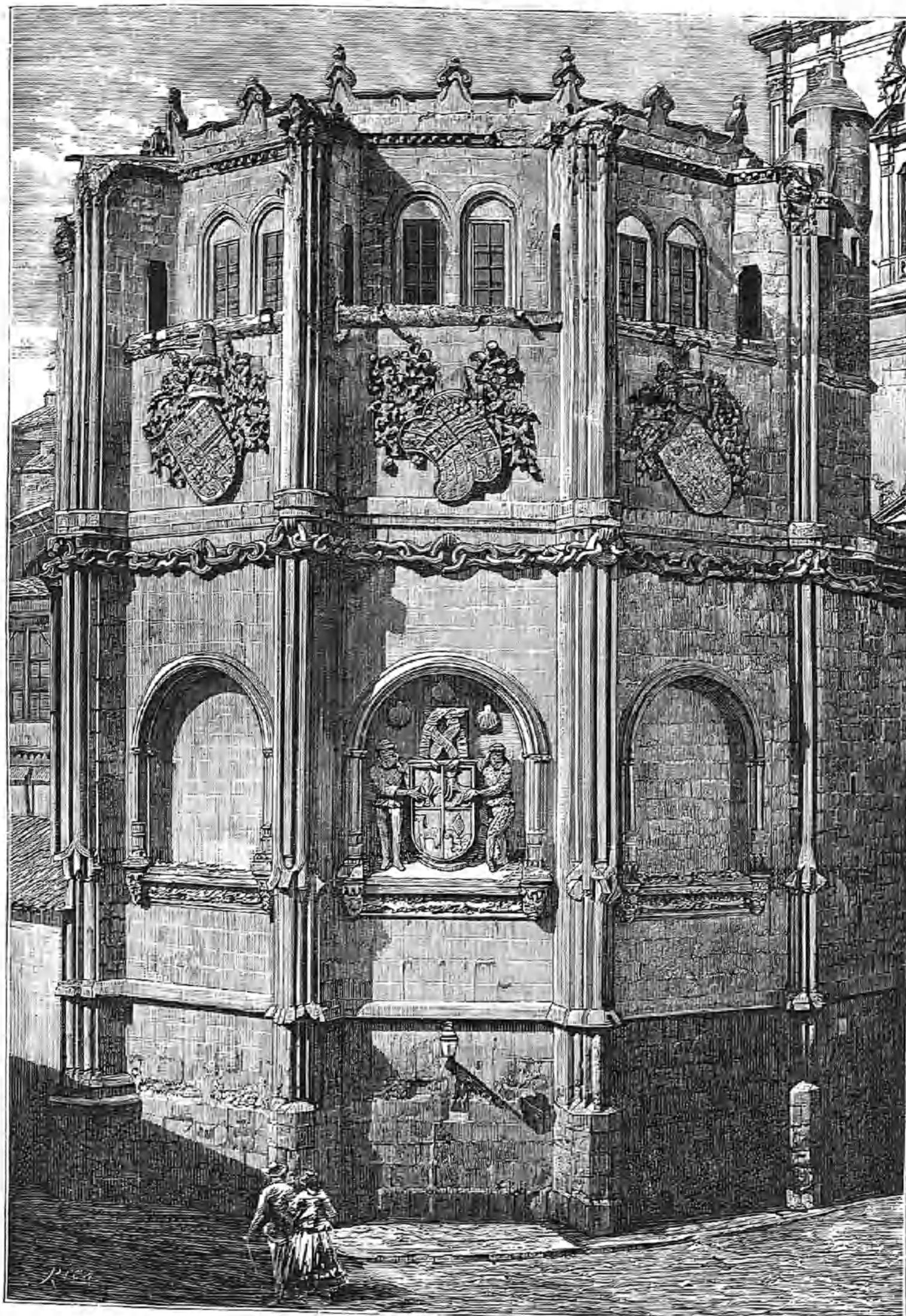
Era el principio de la obra del licenciado Fajardo.

IX.

El libro que poseo la inserta íntegra; es un documento curioso sin duda, pero largo y pesado. No me determino á extraerarla, porque de ese modo perdería el interés para mis lectores; lo que sí haré es copiar algunos



EL 26 DE ABRIL.—FIESTA DE LOS ARTISTAS EN HOMA.



CATEDRAL DE MURCIA.—FACHADA EXTERIOR DE LA CAPILLA DEL MARQUÉS DE VELEZ.

trozos que basten á medir el estilo y la índole del trabajo.

El primer capítulo, que hace veces de introducción, comienza del siguiente modo:

«Ma propongo, con la ayuda de Dios, mirarme atentamente, descubrir lo bueno y lo malo que exista en mí y decirselo con la mayor llaneza que pudiere. Cargado de años y más cargado de desengaños aún, libre de pasiones y de ambición, no por virtud sino por inclinación y por gusto, con la ciencia bastante para saber lo mucho que hay que saber, y comparándolo con lo que yo sé, ver cuán poco es esto último, no temo que el amor de mí mismo me oscurezca los ojos de la razón.

Más adelante, hablando de sus condiciones físicas, se expresa así:

«Cualquiera que se pare á examinar la estrechez de mi cuerpo, la escasa robustez de mis miembros y lo descolorido de mi rostro, me juzgará de complexion débil y enfermiza; en este error ha caído hasta el mismo doctor que me asiste en mis enfermedades, y que, por el mucho tiempo que viene haciéndolo, parece debía conocer mi naturaleza. A pesar de sus consejos y advertencias y recelos continuos, el trabajo constante ni me fatiga, ni me enerva las fuerzas, ni lleva camino de destruirme; antes creo que me proporciona aliento y vigor, por lo cual espero poder soportarlo como hasta aquí todo el tiempo que me resta de vida. Y éste ha de ser mucho: no tengo miedo á la muerte.

«He permanecido más de una hora delante del espejo antes de determinarme á hablar de mi figura, pues aunque ni mi edad ni mis costumbres son para que yo me forme ilusiones sobre ella, entre tantos feos como he visto en el mundo, no he visto todavía uno que se conozca y que se resigne. Yo, sin embargo, como me contento con poco, he salido satisfecho del examen. Mi figura es vulgar, no hay en mí semblante una sola facción perfecta, no soy, sin duda, bien proporcionado de miembros, pero me considero recompensado de no ser gallardo, con no ser ridículo, y de que nadie elogíe mi buen tallo, con que nadie se burle de mi facha.

Hé aquí las apreciaciones que hace de sus cualidades morales:

«Si yo afirmara que me tengo en concepto de necio y de ignorante, mentira, y mentira inútilmente; ni diría lo que siento ni nadie me daría crédito. Si, por el contrario, me declaro satisfecho con el entendimiento que Dios Nuestro Señor se ha servido concederme y seguro de poseer alguna instrucción, va á creerse esclavizado por el demonio de la vanidad. Pues, véase si me encuentro con energía para arrostrar todos los obstáculos que lleva consigo la tarea que me he impuesto: no quiero que se me tilde de mentiroso. Pero si confieso que no estoy descontento de mí, comprendo que hubiera podido estarlo más y no me consolaré nunca del error que me ha privado de ese bien. Yo he dedicado casi por completo las fuerzas de mi espíritu á la filosofía, habiendo otras ciencias en que, con ménos trabajo, habría hecho quizás mayores adelantos por mis disposiciones naturales para ellas. La poesía por ejemplo. Desde mi juventud tuve yo gran afición y facilidad para componer versos, y si mis padres no hubiesen contrariado esta inclinación, yo sería hoy un poeta excelente. En prueba de mi aserto, copio á continuación una oda, imitación de las de Horacio, que escribí cuando estudiaba el latín.

«Dicen mis amigos que mi genio es burlon, que murmuro con frecuencia, que nada me contenta y en todo encuentro defectos; mi criada afirma que casi siempre estoy gruñendo y regañando, y mis discípulos opinan que soy excesivamente severo y riguroso con ellos. Cierto es que me burlo y murmuro, pero nunca lo hago con ánimo de dañar la opinión de nadie, sino por pasar el rato y divertir el ánimo de otras fatigas. Si en las obras ajenas señalo algún defecto, será porque yo creo que existe allí, no porque la animadversión hacia su autor me ciega y me extravía. No niego que alguna vez me domine el mal humor, podrá ser; pero siempre será con motivo. No soy yo de esas personas que tienen afición á enfadarse, y cuando no encuentran motivo para ello lo toman del no encontrarlo. Mis discípulos dicen verdad; no les perdono ni les paso la falta más leve, les impongo castigos fuertes y los trato amonadado con dureza, pero todo es porque aprendan y me deban algún día hora y gratitud. No me remuerde la conciencia de haberles hecho pagar una sola vez en la cátedra los disgustos que haya yo podido recibir fuera de ella.»

«Mi carácter no ha sido apreciado casi nunca con estricta justicia; soy mejor de lo que suponen los que me rodean continuamente, y aunque abrigo escasísimas esperanzas de que esta afirmación sea atendida, la hago sin empacho; si la imparcialidad me obliga á señalar los defectos que encuentro en mí, también debe obligarme á no ocultar ninguna de mis buenas dotes, por lo mismo que los primeros son muchos y las segundas pocas.

X.

El reloj de las monjas dió cinco campanadas, que semejaban otros tantos quejidos al romper el profundo silencio de la noche. Y como si hubieran sido una señal convenida de antemano, apenas se perdió en el espacio la vibración del último, unos vapores blanquecinos se extendieron á modo de inmensa gasa sobre el manto de los cielos, haciendo palidecer su claridad; amarilló el alba en el horizonte; un tímido rayo de sol penetró por los cristales de la ventana y mezclándose con la luz azulada y vacilante de la lámpara, bañó con un resplandor extraño la habitación de maese Jacobo.

Éste, con los codos echados sobre la mesa y la cabeza sepultada entre los brazos, dormía ó meditaba, teniendo algo apartado de sí el libro del filósofo.

Dos golpes dados con cierta blandura resonaron en la puerta y se repitieron con más fuerza después de algunos instantes.

Maese Jacobo alzó la cabeza, su mano acudió á defenderle los ojos de la luz matinal, y arrastrándose perezosamente, acudió á abrir.

—Soy yo, dijo el licenciado, desembozándose y entrando.

—Os esperaba, contestó maese.

—¿A estas horas?

—No; créa que vendría un poco antes.

—Adivinabais mi impaciencia por saber el efecto que os habia producido la lectura de mis papalotes.

—Ciertamente.

—¿La habéis terminado?

—¿Cuánto há!

—Y... decidme...

—¿Amigo mío! (y al pronunciar estas palabras maese Jacobo tendió la mano á Fajardo, que le alargó la suya con la indecisión pintada en el semblante), de majadero como yo es propio cometer yerros, y de sabios como vos desvanecerlos y disculparlos. Perdonadme la injusticia con que os traté ayer tarde, nacida del engaño de teneros por un hombre con las flaquezas inherentes á la condición de tal, y no por un ser verdaderamente superior que sois.

Las mejillas del licenciado se colorearon, sus ojos se alzaron del suelo y su mirada apareció iluminada por la alegría; la mano que tenía libre corrió en ayuda de la otra, y ambas estrecharon con efusión las de maese Jacobo, y, pasado un momento, le preguntó, con la voz tranquila, con el rostro compuesto ya:

—¿Con qué tanto os ha complacido mi trabajo?

—¡Tanto, tanto me ha complacido que lo reputo por un esfuerzo inexplicable, milagroso de la humana inteligencia, que asombrará á los siglos futuros y hará imperecedero vuestro nombre!

—¿No os burlais? tornó á interrumpir Fajardo, acompañando con una indulgente sonrisa la terrible suposición, y su interlocutor prosiguió diciendo:

—Obra admirable. ¡Cuánta arte, cuánta verdad, cuánta maravilla! ¡Con qué sana crítica habéis apreciado los efectos! ¡Con qué sutilidad de ingenio habéis descubierto las causas! ¡Con qué valor están atacadas las dificultades y con qué facilidad vencidas! Al abarcar la imaginación vuestros propósitos, presentados por vos en toda su magnitud, el ánimo se sobrecoge y duda de vuestras mismas fuerzas; al seguirlos anhelante, prendido en las redes de vuestro encantador estilo, al ver que los obstáculos huyen de vos como el soldado cobarde que esquivó la lucha en la convicción de que ha de ser vencido, parece que se tranquiliza y que presiente vuestra victoria, y cuando al fin la contempla realizada, completa y pronta, y á costa, al parecer, de poco ó ningún esfuerzo, no puede uno ménos de decirse:—«Pues esto es fácil... De la manera que se conoce el que ha escrito esto, también me conocería yo el día que se me autojara.» ¡Eterna flaqueza del humano espíritu, cuya impotencia es tan grande que sólo cabe en su soberbia!

—Pero, entre tantas bellezas, ¿no habéis encontrado un solo defecto?

—Ninguno.

—Jurádmelo.

—Os lo juro.

—Bien. Es que yo os agradecería que no me lo ocultáseis, temeroso de ofenderme ó de ver despreciado vuestro juicio, como suele acontecer á quien habla con ingenuidad á los autores. Yo, aunque lo soy, creo diferenciarme algo de la generalidad de mis compañeros: nunca me pago de mis obras, y agradezco siempre que se me proporcione ocasión de borrar los lunares que pueda haber en ellas.

—Ni uno solo empañó la tersa superficie de ese espejo en que os habeis retratado de mano maestra. Ese sois vos en cuerpo y alma, y el menor rasgo añadido á los trazados por vos haría desaparecer la absoluta semejanza que existe entre el original y la copia. Tened presente, sin embargo, amigo mío, que todo lo que yo hablo es por mi cuenta y riesgo, y que yo no soy infalible. La amistad no disfruta en el mundo fama de imparcial, y no sería extraño que la mía hacia vos me hiciese teneros por perfecto, ni que aunque vos os tratárais con blandura os hallara yo justo, no más que por hallaros conforme conmigo. Desconfiad de mi dictamen.

—Confío en él, maese.

—Quizá no lo acerteis.

—¡Vamos! no me obligueis á tributaros elogios que pudieran parecer paga de los vuestros, por desinteresados que fuesen.

—Sobre todo, no os hincéis con el triunfo, que en las obras humanas suele ser un acierto nuncio de mil errores.

—¿Qué mal me conocéis! Vuestras alabanzas no me dan otra cosa que bríos para combatir la continua desconfianza que tengo de mí propio, y llevar á feliz término mi empresa. Y adios, que es tarde...

—¿Qué prisa tenéis? ¡No estais en vacaciones ahora!

—Sí, ya hace quince ó veinte días lo ménos.

—¿Pues adónde diablos vais entonces?

—A misa á San Martín, y luego á casa: no podeis figuraros lo atareado que ando.

—A mí tampoco me falta que hacer... Hoy precisamente debo dar principio á un experimento con el cual tengo trabajo de sobra para toda la semana.

—En ese caso no vuelvo á poner aquí los pies hasta que vos vayais á visitarme en señal de haberos desocupado.

—Como gustais.

—Quedad con Dios, maese.

—Vaya enhorabuena el filósofo insigne, la gloria de Salamanca y el pasmo del mundo, decía el italiano desde lo alto de la escalera con cierto retintín, mientras Fajardo bajaba por ella con paso lento y como temeroso de perder una sola de sus palabras.

(Se concluirá.)

CARLOS COELLO.

CERVANTES

Y LA NOCHE DE DIFUNTOS.

(Continuacion.)

CERVANTES.

V.

¿Qué escuchó? ¡En la patria mía,
En España, do nací
De la fé el divino fuego
Se puede acaso extinguir!
¡En el suelo venturoso,
En la nación más feliz
Que el astro bello del día
Alumbra desde el cenit,
Desde que al Ebro dichoso
Visitar y sonreír
Se dignó la Virgen madre
Del que tronó en Sinaí!
¡En la estólica patria
De mártires mil y mil
Millares, que consiguieron
Al averno confundir!
¡De Recaredo en la patria,
Y de Felayo y del Cid,
De Isidoros y Leandros
Podría la fé morir!
No es posible, hermano mío:
Mirad bien lo que decís.
¿Puede un español acaso
Convertirse en marroquí?
Explicad lo que habéis dicho,
Ó me vuelvo sin oír

Más palabras al sepulcro
De que hace poco salí.
¡Dulce patria de mi alma!
He sido bien infeliz,
Porque en Lepanto ó Argel
Espirar no merecí,
Cual deseaba impaciente,
Con el religioso fin
De dar mi vida por Dios,
Que en la cruz murió por mí.
Perdon, perdon, patria mía,
Perdon... más al sucumbir,
No por mí fé contra infieles,
Sino ya anciano en Madrid;
Cuando los santos auxilios
De la iglesia recibí,
Que tanto me confortaban
En la postrimera lid,
A mi dulce Redentor
Mis deseos ofrecí,
Deseos, que al buen Jesús
Plugo amoroso admitir.

YO.

VL

Señor Cervantes Saavedra,
¡Qué bueno, que bueno sois,
Como lo canta la fama
Con su metálica voz!
Hace más de cincuenta años
Que no lo ignoraba yo,
Mas tan clara está verdad
Nunca descubrí hasta hoy,
Que aparece ante mis ojos
Luminosa como el sol,
Cuando en mañana de mayo
Oatenta su resplandor.
Creedme, señor Miguel:
Al presente hay español,
Y españoles, y no pocos,
(Os lo digo con rubor)
Que olvidados del bautismo,
El santo nombre de Dios
Profanan públicamente,
Cual no se hace en el Mogol;
Sin que haya una autoridad
Que al audaz blasfemador
Refrene su impia lengua
Con mordaza ó con prision.
Pasmaos: hasta los niños,
Y lo que es mucho peor,
Hasta mujeres y viejos
Blasfeman sin ton ni son.
Por supuesto muchos, muchos
Vemos con pena y horror
Tamaño crimen que á España
Cubre de afrenta y baldón.
Mas puesto que paso á paso
Hemos llegado los dos
A la plaza de las Cortes,
Donde cual digno blason
La estatua vuestra aparece,
Si algún obstáculo vos
No halláis, sentarnos podemos,
Que estoy fatigado yo.
Soy viejo, señor Miguel,
Y además un reuma atroz
Me atormenta y martiriza;
Tened de mí compasión,
Mirad al frente, mirad
Hecha con arte y primor
La imagen vuestra de bronce,
Orgullo de la nación.
Con ella los españoles
Aunque tarde, quierán hoy
Reparar la ingratitude
De aquella generacion
Infame, que en la miseria
De hambre morir os dejó,
Sin que pan ni otro consuelo
Os diera en vuestro dolor.
De San Antonio del Prado
Observad con atencion
La iglesia que todavía
La impiedad no destruyó.
En ese templo sin dada
Veces mil á Sabaoth
Con las rodillas en tierra
Pedidais gracia y perdon,
Al augusto sacrificio

Asistiendo con fervor,
Que un capuchino ofrecía
En santa contemplacion.
Ved aquel mismo palacio
Que el de Lerma levantó
En vida vuestra: magnate,
Que mercedes y favor
Al talento y á las letras
Imbécil no dispensó,
Aunque de la ibera nave
Él dirigía el timon.
¡Pobre España, pobre España!
Entónces, siglos en pos
Y al presente, Sandoval
Tiene algun imitador.
¡Algunos? Innumerables.
No hay en España bribon,
Sobre todo en estos dias
De discordias y de horror,
Que sin ciencia y sin virtud
Cegado por la ambicion,
No pretenda ser ministro,
Diputado ó senador.

(Se concluirá.)

GASPAR BONO SERRANO.

EL HOMBRE AZUL.

(Continuacion.)

III.

De repente, y como desgajada del fantástico ramaje, se dibujó delante de mí una forma humana de apariencia muy singular, que en el primer momento me pareció una ilusion de mi acalorada fantasia. Llevé las manos á los ojos para destruir el prisma engañoso que, á lo que al pronto creí, engendraba aquellas visiones, y otra vez dirigí la vista al sitio donde habia creído ver la aparicion.

No era un capricho de la imaginacion; allí estaba la fantasma, inmóvil como la imagen de la inercia, y sólo en lo profundo de sus orbitas, rodeadas de un círculo negro, se movian dos focos de una luz fria y fosforescente, únicos signos de una vitalidad más glacial que la muerte misma. Sus miembros, casi desnudos, eran un conjunto de huesos y tendones cubiertos de una piel azulada que á la vista parecia bañada tenuemente en la luz fosfórica que de los ojos despedia. Un harapo de tela cenicienta, sujeto sobre los huesos salientes de sus caderas, caía en girones lácidos y deshilachados sobre sus piernas descarnadas, y formando extraño contraste con este misero atavío, ceñíale las sienes una diadema de oro, enajada de piedras preciosas, que despedian los reflejos sombríos del carbunco y la esmeralda. Por encima del hombro de la extraña vision asomaba el extremo de un arco indio, y su mano diestra oprimía entre los dedos descarnados una flecha terrible, cuya sola vista ponía frio y pasmo en el corazon. Este conjunto de indefinibles horrores respiraba no sé qué terrible majestad, cuya misteriosa grandezza se reflejaba en aquel exterior sórdido y repugnante, como el rayo del sol á través de las aguzas cenagosas.

Quedé petrificado contemplando con pasmados ojos la siniestra aparicion, y creyéndome juguete de una infernal pesadilla, de una obsesion diabólica, formulé una plegaria en lo íntimo de mi corazon.

La fantasma abandonó de pronto su actitud inmóvil, y salvó lentamente la distancia que de mí la separaba, envolviéndome al acercarse en una atmósfera glacial. Esperaba yo con pavor el momento en que se abriesen sus labios y su voz resonase en mis oídos, dándome una prueba terrible de su realidad, cuando su mano cadavérica se apoyó en mi mano temblorosa. Su contacto húmedo y glacial cuajó la sangre en mis venas, y apenas tuve aliento para pronunciar estas palabras:

—¡Infernal vision! ¿Quién eres? ¿Por qué me asaltas en esta soledad!

La voz cavernosa de la fantasma me respondió:

—Tienes miedo, ya lo veo; la forma exterior te subyuga; la apariencia ejerce en tí su ordinaria tiranía. La mezquina humanidad será siempre la misma; los males la rodean, las miserias la devoran, el dolor la amaga por todas partes, y ella los arrostra con valor ó los tolera con resignacion, con tal que vengán cubiertos de una capa de púrpura ó colidos de una corona de flores. Pero llega un mal que tiene la franqueza de su crueldad, que no cubra de galas su desnudez, ni de afeites su fealdad; un mal que rehuye toda complacencia con las pasiones, las vanidades ó las quimeras de los hombres;

que viene á desempeñar su mision sin cubrirse de apariencias falaces; y en presencia de este mendigo, de este pária, de este hijo hastardo del dolor, os llenais de asombro, de miedo y de indignacion, como si por primera vez se ofreciera á vuestros ojos el espectáculo de vuestra miseria. Tú hubieras preferido, añadió la fantasma, que en vez de mi desnuda majestad te asaltase en estas frescas alameda alguna deidad insidiosa, de rostro seductor, que asiendo de la mano con sus dedos de rosa por senderos de flores te condajese á los abismos del dolor.

—¿Quién eres? volvió á preguntar á la fantasma.

—Lámame como quieras; Alejandro, Atila, la diosa desenfundada de la libertad, el genio del fanatismo, el vicio, el odio, la venganza... De cuantos males han affigido á la tierra elige aquel cuya apariencia te sea menos odiosa, y figúrate que la ves en mí; porque afeite más ó menos, todas las calamidades somos hermanas en la destruccion.

—Vision ó realidad, exclamé en la especie de delirio que se apoderó de mi espíritu; creo adivinar la mision que te tras á este mundo, y á fé mia te digo que eres el más odioso de todos los males.

—Eso lo dices porque soy el mal presente; pero, mírame bien; no soy un hombre, aunque tengo con él alguna semejanza, y el más odioso de los males sólo el hombre es capaz de inventarle.

—¿Tirano! le respondí. ¿Pretendes insultar con tu ironía á los que gimen bajo tu yugo despiadado?

—¿Lo ves? Tú ponderas mi tiranía, y sin embargo, puedes ofenderme impunemente. ¿Has visto en la especie humana, y entre los poderosos de la tierra, muchos ejemplos de tamaña mansedumbre? ¿Cuán raras veces entre vosotros la fuerza se contiene en los límites de la moderacion! Mi poder es ciego y no conoce los esquisitos placeres de la pasion inteligente y de la maldad razonadora, que son en el hombre el voluptuoso refinamiento del mal. Así mis flechas emponzoñadas no elijen nunca la victima ni el suplicio, y la más débil y apocada criatura se puede burlar de mi inexperto poderío. Deja, pues, de mirarme con torvo esbo, y pues despuntas de poeta, da gracias á la fortuna que te depara la ocasion de caminar con tan inverosímil y fantástica persona como la mia. Tengo mis ribetes de culto, aunque otra cosa manifieste mi apariencia salvaje, y no bus de hallar mi trato desabrido. Y aunque esto no fuera, ¿dónde hallarías mejor compañero que yo para andar el camino del cementerio? Por lo demas, nada tienes que temer de mi inopinada aparicion; no vengo á tí con siniestro designio, y si me observas atentamente echarás de ver que mis ojos, aunque te ven como un átomo que forma parte de la humanidad, no te miran con especial predileccion.

Y así era la verdad, porque al examinar más atentamente á la vision, observé que las dos irradiaciones ténuas que partian de sus cuencas vacías, no eran más que dos focos luminosos, sin mirada y sin movimiento. El impulso nervioso que poco ántes habia precipitado mis pasos en pos del fúnebre convoy, volvió á irritar en aquel momento mi sistema nervioso, y obedeciendo la silenciosa indicacion de la fantasma, que con el brazo extendido me mostraba el límite de la arboleda, envuelta ya en las medrosas sombras de la noche, dejéme llevar de la extraña fascinacion que dominaba mi espíritu, y seguí resueltamente á mi siniestro compañero. Pero cuando siguiendo con la vista la línea de atraccion, mis ojos sondearon en vano la sombría masa que á lo lejos presentaban las entrelazadas ramas de la arboleda, una imagen querida paralizó de pronto los vuelos fantásticos de mi espíritu febril, y el deseo ardiente de ver y escuchar á un sér amado en el seno de una realidad no turbada por la fúnebre fantasma que me empujaba se apoderó impetuosamente de mi corazon. Y al mismo tiempo sentia una angustia imponderable, un dolor de ausencia en el cual no sabia discernir si era yo el que me alejaba del objeto amado, ó era éste quien se alejaba de mí.

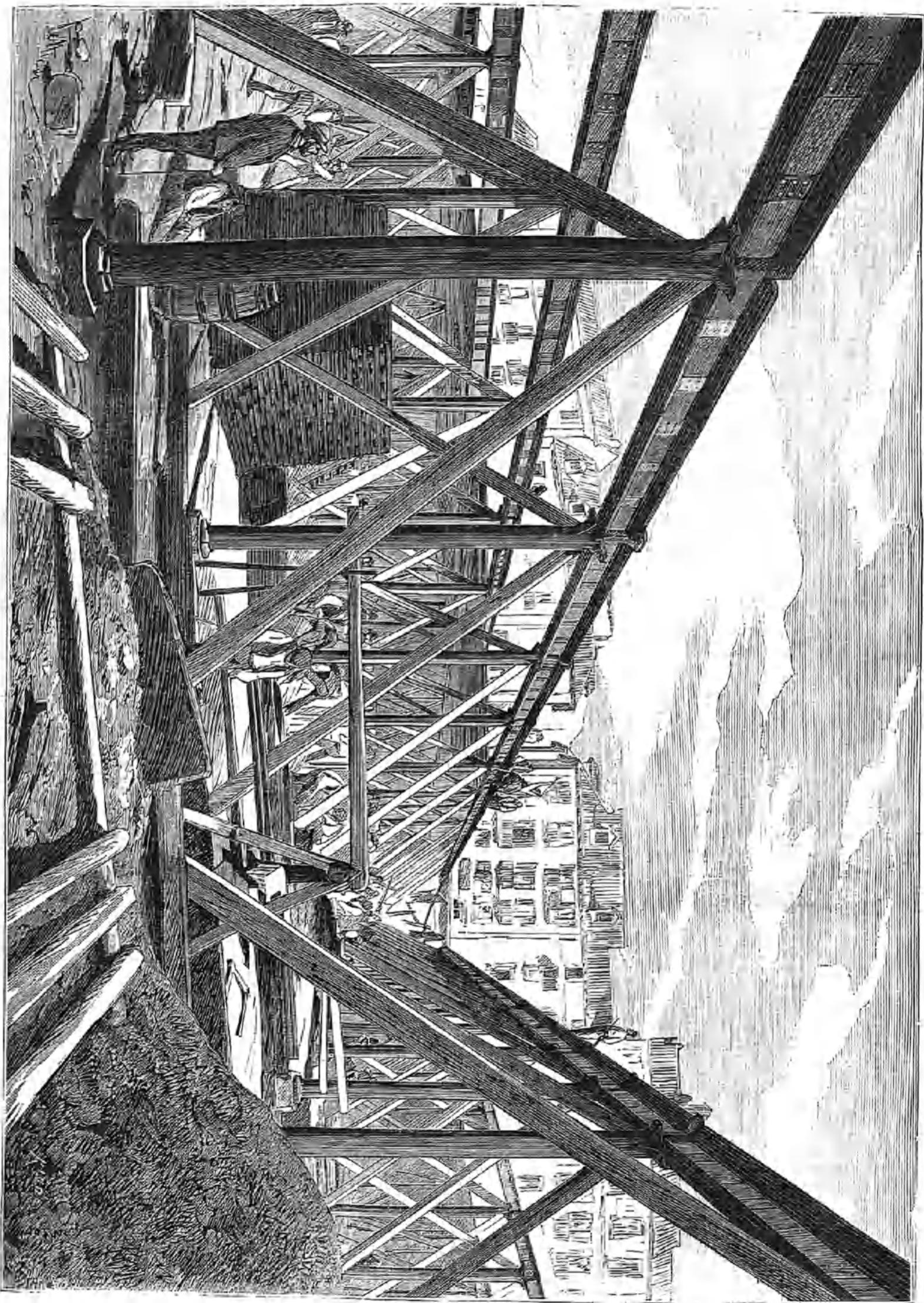
VI.

Yo.—Vision ó realidad, pues no sé si eres un delirio de mi fantasia ó si te percibo verdaderamente con los sentidos; ¿adónde me conduces? Siento circular por mis venas la savia de la vida, y creo que no es llegada para mí la hora de bajar á los sombríos reinos de la muerte.

FANTASMA.—¿Dónde está la muerte? ¿Dónde está la vida? El hombre no lo sabe; muchas veces corre en busca de la una, y se encuentra en brazos de la otra. ¿Has visto esa caja fúnebre que acaba de pasar por tu lado despertando en tu alma ideas de muerte? ¿Podrías decir lo que va en ella?

Respondí con voz moribunda:

—Polvo... sombra... nada...



ALMACENES DEL NUEVO MERCADO DE LA PLAZA DE LA CEBADA.

FANTASMA.—Así sois los hombres: exuberantes en la felicidad, en el infortunio estériles. El ángel de la alegría te niega por un momento su sonrisa, y ya ves en todas partes la desolación y la nada. La muerte es menos fatal que vuestra ciega desesperación. Inventan para vosotros la vida, y no sabéis revestirla de esperanza.

Yo.—¡Hablas de vivir y de esperar, té, que llevas el exterminio por el universo!

FANTASMA.—¡No habláis de exterminio y de muerte vosotros que con febril actividad extendéis por todas partes los gérmenes de la vida! Cuando el ángel del exterminio puede servir de instrumento á vuestras pasio-

nes, á vuestros errores, á vuestros fanatismos, á vuestras ambiciones soberbias, entonces cubris de flores su camino, el entusiasmo inflama vuestro pecho, vuestros poetas pulsan la lira en honor del ídolo sombrío, y la fama prepara sus cien trompetas para rendir tributo digno á su negra magestad. La muerte se llama entonces el genio de la guerra. Pero aviene que otro día se le ocurre el capricho de recobrar su iniciativa, de ejercer por derecho propio el poder que recibió de manos de la divinidad, y al efecto se aparece entre vosotros sin aparato, cubierta de harapos repugnantes, en toda su clásica deformidad. Entonces vuestro valor desfallece, cunde la inquietud por todas partes, los ánimos se amilan, los gritos de entusiasmo se convierten en gemidos, la dulce melancolía, la poética resignación que la certeza de un destino inevitable infundía en las almas, truécase al instante en fúrida impaciencia, en loca desesperación. Ya entonces es de lamentar el dolor de la madre, el desolado tálamo de la joven esposa, el desamparo del huérfano; ya entonces el genio de la muerte no pasea por la tierra su carro deslumbrador: monstruo aborrecible, viene por su propio impulso á robar el sosiego á la humanidad, á saciar su ciego instinto de destrucción; ya la muerte no lleva el objeto de la nada; ya no tiene razón de ser. ¡Alerta! ¡Qué hacen los poderes de este mundo, la ciencia de los hombres en qué se ocupa que no

perseguen á todo trance y confunden y exterminan á ese enemigo implacable del género humano? Dí, amigo, ¿no son estas vuestras eternas contradicciones?

Yo.—Indio abominable, hiere con la segur, sin amargar con el sofisma. La ambición insaciable, la crueldad sin freno ya no ensangrientan la tierra: pasaron los Silas y los Tarquinos; quedan los entusiasmos fecundos; la trabajosa labor de la humanidad que marcha á sus destinos siempre palpitará sobre la tierra; pero la sangre derramada en esa obra de regeneración es el sudor de las generaciones que trabajan por las que vendrán. ¿Quieres comparar este sacrificio glorioso y fecundo con tu ciego instinto de destrucción?

gre de que te glorias ha sido una crisis saludable para la humanidad. Ya ves, amigo, que no estoy desprovisto de buena fé, y que á mi naturaleza álgida no hace falta el calor para sentir la verdad. Pero fuerza es confesar que refundí el mundo al fuego de la fiebre y no á la llama de la fé; trabajáis con ardor sin ejemplo; pero como no desarrolláis todas las fuerzas de vuestra naturaleza, estáis enfermos; dáis pasos de gigante, pero como el orgullo os pone en los ojos la venda que desdibaja en la fé, las piernas se os traban á cada paso, y caéis; inventáis símbolos preñados de soberbia que os guían por el camino de un progreso delirante, y no volvéis la vista atrás sino para insultar las augustas som-



CONDICION DE LOS RESIDUOS Y PRISIONEROS DE LA ACCION DE MAÑAFIA Á DURANGO.

FANTASMA.—Si fueras un alma cristiana templada al calor de la fé sencilla, de la fé primitiva, te diría: Eso que encareces con el nombre de sacrificio fecundo, y eso que llamas ciego instinto de destrucción, son dos fines inescrutables de la Providencia. ¿Por qué te enrgias con el uno y te rebelas contra el otro, como si ambos no emanasen de un designio misterioso, superior á tu limitada comprensión?

Pero vosotros, los hombres de hoy, no queréis ver por los ojos de la fé sencilla: el demonio del análisis se os ha metido en el cerebro, y el rubor enciende vuestras mejillas cuando se os sorprende infraganti delito de creer en algo que no haya pasado antes por el crisol de vuestra vanidosa filosofía.

Pero veo que te impacientas, amigo; no puedes tolerar que un salvaje como yo aluda en tono de desafío á vuestro encopetado racionalismo. Enhorabuena; no rompamos las amistades por tan poca cosa; y pues la suerte ha querido que al amor de esta brisa apacible y bajo estos frondosos árboles departamos como buenos camaradas, hablemos con la menor acrimonia posible y sin dar á las verdades más amargura que la que pueda sobrellevar buanamente nuestra vanidad. Y así, te diré en terminos de cordial advertencia: Habiéis trabajado por el bienestar de la especie, no lo niego; habeis curado llagas repugnantes, y más de una vez ese sudor de san-

bras del pasado que al través de los siglos han guiado la marcha de las generaciones. En una palabra: no comprendéis que vuestro cerebro se desarrolla por efecto de una cefalalgia relacionada con una atrofia del corazón.

Yo.—¿Hablas de buena fé ó te burlas de lo que en la apariencia glorificas?

FANTASMA.—¿Tan hijo del siglo eres que así desconfías de que el desnudo lenguaje de la verdad encuentre labios sinceros? De veras hablo; no me inspira en este momento vuestro ánimo de la ironía. Necesitais apóstoles sencillos que vistan otra vez de candor las nociones del bien, porque no respiran á su placer bajo el fastuoso atavío de vuestra sabiduría. Te lo repito: el orgullo guía vuestros pasos sobre la tierra: no parecéis obreros que obedecen á un impulso providencial, llevando una piedra más al edificio del porvenir; parecéis infatuados arquitectos, orgullosos de su obra, convencidos de su fuerza, adoradores de su genio. En vuestra soberbia quisierais que el caos envolviase todas las verdades que han llegado hasta vosotros, para que brotasen otra vez al calor de vuestra inteligencia. ¿Y yo creo que Dios os parecería más grande si lo hubierais descubierto vosotros! No te ofendas, amigo, pero debo decirte que vuestra atonía moral tiene más gérmenes de corrupción que las emponzoñadas flechas de mi aljaba.

Yo.—Sin razon me acusas. Yo soy de los que creen;

nes, á vuestros errores, á vuestros fanatismos, á vuestras ambiciones soberbias, entonces cubris de flores su camino, el entusiasmo inflama vuestro pecho, vuestros poetas pulsan la lira en honor del ídolo sombrío, y la fama prepara sus cien trompetas para rendir tributo digno á su negra magestad. La muerte se llama entonces el genio de la guerra. Pero aviene que otro día se le ocurre el capricho de recobrar su iniciativa, de ejercer por derecho propio el poder que recibió de manos de la divinidad, y al efecto se aparece entre vosotros sin aparato, cubierta de harapos repugnantes, en toda su clásica deformidad. Entonces vuestro valor desfallece, cunde la inquietud por todas partes, los ánimos se amilan, los gritos de entusiasmo se convierten en gemidos, la dulce melancolía, la poética resignación que la certeza de un destino inevitable infundía en las almas, truécase al instante en fúrida impaciencia, en loca desesperación. Ya entonces es de lamentar el dolor de la madre, el desolado tálamo de la joven esposa, el desamparo del huérfano; ya entonces el genio de la muerte no pasea por la tierra su carro deslumbrador: monstruo aborrecible, viene por su propio impulso á robar el sosiego á la humanidad, á saciar su ciego instinto de destrucción; ya la muerte no lleva el objeto de la nada; ya no tiene razón de ser. ¡Alerta! ¡Qué hacen los poderes de este mundo, la ciencia de los hombres en qué se ocupa que no

yo soy de los que recogen su alma en la soledad, de los que gimen cuando la humanidad se extravía en el camino de sus nobles destinos.

FANTASMA.—Eres poeta, amigo; ya se me iba de la memoria: tu historia será la de todos tus compañeros de infortunio: buscar la satisfacción de un anhelo insaciable, y sentir el vacío; buscar lo que es desconocido, lo que es finito, lo que es perfecto, y poner el amor y el sentimiento en cualquier objeto baladí, incapaz de realizar ese soñado ideal... Perdona, amigo; estás enfermo del corazón y mi voz de salvaje te aturba los oídos. Pero, créeme; los tiempos están malos para los soñadores, y yo te aconsejo que abras tu espíritu á nuevos horizontes. Cambia de número si no quieres recibir el más terrible de los desengaños que pueden afligir á un alma de artista: el de no merecer siquiera un martirio digno de tu augusta espiritualidad. Los poetas de ahora ya no son objeto de las iras terribles de los grandes de la tierra, ya no sufren muerte y pasión. Reviste como quieras tu semblante; espiritualiza como quieras tu mirada para explorar los espacios etéreos; haz que asome á tus labios la sonrisa melancólica del genio; pon el amor y el entusiasmo más allá de las estrellas nebulosas: todo será en vano; no renovarás las emociones del Capitolio y de la roca Tarpeya.

[Se continuará.]

FERRERIN GARCÍA CADEÑA.

EL CRÁNEO DEL REY DON PEDRO.

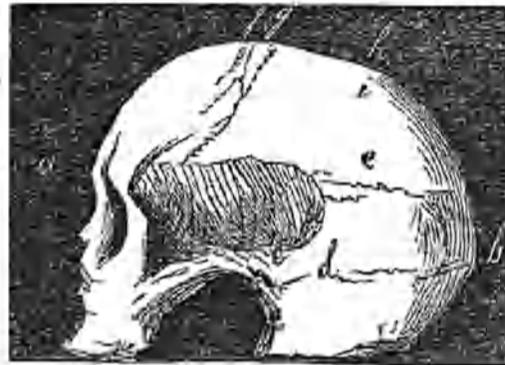
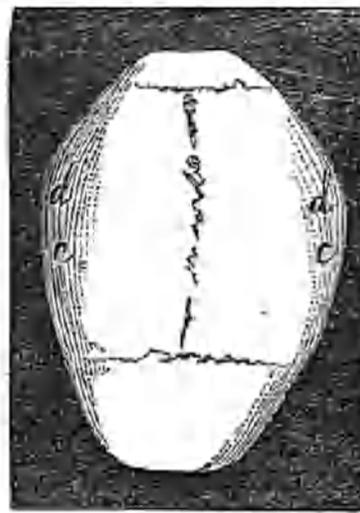
Hállanse depositados actualmente en el Ateneo Arqueológico Nacional los despojos mortales del rey don Pedro I de Castilla, de aquel príncipe que después de un agitado reinado acabó en Montiel de tan trágica manera. El cráneo de D. Pedro, que entre sus restos se encuentra y del que vamos hoy á ocuparnos, no con toda la extensión con que la materia brinda, sino lo más brevemente posible, es digno de particular estudio para poder, á la luz que suministra la frenología, determinar el carácter verdadero del personaje histórico que todavía, hasta cierto punto, es un enigma, resolviendo las dudas y los opuestos juicios que acerca de él se han formado durante largos cuatro siglos, por la oscuridad é insuficiencia de las noticias que se conocen del tiempo en que vivió. ¡Fué, según Lopez de Ayala, favorecido cronista de los primeros reyes de la casa de Trastámara, y según Mariana, Saevedra y demás historiadores que le han imitado, un príncipe violento, sanguinario y henchido de feos vicios, ó por el contrario, un monarca valeroso, amante de sus súbditos y algunas veces severo, sólo por necesidad, conforme se asegura que aparecía en la crónica perdida del obispo de Valencia, D. Juan de Castro, y conforme nos le describen sus vindicadores y panegiristas, desde el conde de la Roca hasta Amado Salazar? ¡Fué un monstruo caprichoso, arrebatado y vengativo como nos le presenta el poeta Gil y Zárate en su *Blanca de Barba*, ó un soberano valiente y justiciero, como nos le pintan Moreto en su *Rico-Hombre de Alcalá*, y Zorrilla en sus dos partes del *Zapatero y el Rey*? ¡Fué un príncipe que mereció por su inclinación natural el epíteto de Cruel con que se le conoce vulgarmente, ó debe dársele el de Justiciero, adjetivo que le aplicó Felipe II? A estas preguntas no se ha podido contestar hasta ahora de un modo seguro, ni siquiera medianamente satisfactorio.

Veamos, examinando el cráneo de D. Pedro, lo que nos dice la frenología.

Desde luego se nota, á una simple mirada, cuando se le contempla, que el cráneo no se distingue por tener un gran volumen; que es en proporción más largo que alto; que su parte superior-posterior baja bastante, y que visto por encima se observa un considerable desarrollo alrededor y en particular detrás del oído, así como en la región occipital. Tomando algunas medidas con el craneómetro, ofrece las dimensiones siguientes: Desde lo que se llama la individualidad á la filogenitura, *ab*, (véanse los grabados), 18 centímetros y 5 milímetros: desde la destructividad á la destructividad, *cc*, 12 centímetros y 6 milímetros: desde la acometividad á la acometividad, *dd*, 13 centímetros y 5 milímetros: desde la circunspección á la circunspección, *ee*, 12 centímetros y 8 milímetros: desde el oído al centro de la filogenitura, *h*, 11 centímetros y 2 milímetros: desde el oído á la individualidad, *o*, 11 centímetros: desde la raíz de la nariz á la de la nuca, ó al extremo occipital, por encima del cráneo, 24 centímetros y 3 milímetros. Finalmente, el cráneo tiene unos 53 centímetros de circunferencia horizontal.

Examinándole con algun detenimiento se vé que el intelecto perceptivo, localizado en la base de la frente,

es mejor que el reflexivo, situado en la parte superior; que la veneración y la esperanza, *ff*, son más regulares que la firmeza y la concienziosidad, *gg*; que en la parte



efectiva es notable la filogenitura, y en la impulsiva muy prepotente la acometividad, y que la destructividad es grande, sin ser desmedida, y la circunspección hábil moderada.

¿Qué nos demuestran las dimensiones expresadas, y qué nos dice la inspección de este cráneo? Que no alojó el alma de un genio, de uno de esos hombres privilegiados que marcan en la humanidad una profunda é indoleble huella. Que el hombre á quien el cráneo perteneció tenía más entendimiento que razón; que en las contradicciones de la vida no dejaba de sostener su ánimo la esperanza; que era susceptible de sentimientos religiosos y de buenas amistades; que era más inconstante que tenaz; que no encontraba en su conciencia y en su circunspección grandes escrúpulos ni dudas para satisfacer sus deseos, y que su valor del momento debía ser extraordinario, degenerando con frecuencia en furiosa ira, bajo cuyo dominio no repararía en destruir cuanto se le opusiese.

Un hombre del pueblo con un cráneo parecido, estando dotado á la vez de un buen temperamento, se hubiera señalado por su fácil comprensión, su amor á la familia, su actividad y resolución para asuntos arriesgados. Probablemente hubiera pecado por exceso de temeridad en los negocios, ó por repeler con demasiada viveza lo que considerase perjudicial ó ofensivo.

Colocado semejante hombre en el trono, en tiempos poco ilustrados, en un país hondamente dividido por odios inveterados y revuelto por ambiciones parcialidades, temibles siempre, y más en una época de transición como aquella en que el feudalismo, amenazado de muerte, pero aún formidable, luchaba contra el poder absoluto de los reyes, que se levantaba auxiliado por los pueblos, venía á ser, mal su grado, un nuevo elemento de perturbación, porque su exberza no era suficiente para sobreponerse y dominar á las demás, y su limitada previsión, su escaso sentimiento de lo justo y su grandísimo espíritu belicoso había de ocasionar á cada paso funestas consecuencias. ¡Cuántos enemigos no le habían de producir, por poco que los sucesos se complicasen, su irreflexión, su falta de carácter y su ira!

Don Pedro, pues, según aparece de su cráneo, considerado frenológicamente, no reunía todas las elevadas condiciones cefálicas que exigían su crítica y azarosa época y la posición en que le colocara el nacimiento; pero era un hombre de entendimiento claro, de sentimientos religiosos, cuando las pasiones no le agitaban, buen padre, apasionado amante y capaz de ser un excelente amigo. Su valor del momento era sin duda inmenso. Dado el particular desarrollo ó la depresión de cada uno de sus órganos, por poco que se le estimulase podría tornarse en coraje rabioso. No tenía la cabeza destructora de un Martín ni de un Tiberius, célebres ho-

mias, ni la latitud craneal de un Vitalino, que se complacía en matar y torturar á sangre fría, ni el aplastamiento frontal de un malvado como Cavacalle, ni la organización que daba á Nerón sus monstruosas pasiones y su feroz vanidad; si derramaba sangre era principalmente impulsado por la ira, cuando se encendía al sentir herido su amor propio, ó al verse atacado, ó al tropezar con algun obstáculo en su camino; porque su acometividad no hallaba contrapeso bastante en su razón, en su circunspección y en su concienziosidad, que no eran en él tan enérgicas como convenia, sobre todo no estando fortalecidas por una sólida educación moral.

Creemos que á D. Pedro no se le ha aplicado con estricta propiedad ni el adjetivo de *Cruel*, ni tampoco el de *Justiciero*; figurásemos, por lo que en el cráneo hemos examinado, que le cuadraría mejor el dictado de *Iracundo*.

J. B. DANTEN.

DON SABINO MEDINA Y PEÑAS.

Este antiguo escultor que tanta parte ha tenido en el progreso del arte en España, y que con tanta fortuna mantiene su nombre á la feliz altura en que ha sabido colocarlo, nació en Madrid, en 1814. Estudió bajo la dirección de D. Valeriano Salvatierra, y en la Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 1833 obtuvo una pensión en Roma, y recibió allí lecciones de composición de Minardi, y fué el discípulo predilecto de Tenerani.

Cuatro años después presentó en la Exposición de pintura, escultura y arquitectura de aquella ciudad el modelo de la estatua de *Euridice*, representada ésta en el momento en que fué mordida por el áspid al huir de Euristeo que la perseguía; notable trabajo cuyo grabado publica hoy LA ILUSTRACION DE MADRID, afanosa siempre por atesorar en sus páginas las producciones de valia del arte patrio.

Este modelo obtuvo en Roma los mayores elogios, y remitido, como obra de pensionado, á la Academia de San Fernando, mereció la aprobación de ésta, que le nombró su académico de número y mérito. Instado por los artistas y aficionados, y especialmente por el ilustrado pintor D. Federico de Madrazo, trasladó este modelo al mármol. *Euridice* no halla hoy expuesta en el Museo de pinturas del Prado. S. M. el emperador de las Rusias ha mandado colocar una reproducción fotográfica de la mencionada estatua en la fábrica de estampas del Museo imperial de San Petersburgo.

En 1845 fué nombrado profesor supernumerario de la Escuela superior de pintura, escultura y grabado, y en 1868 la municipalidad de Madrid le agració con el título de su escultor honorario y consultor.

Entre las numerosas obras debidas á su inteligente cincel se deben el modelo de las estatuas de Murillo, fundidas en bronce, y erigidas en Sevilla y en Madrid, cuya reproducción ha dado tambien esta ILUSTRACION; la *Verdad*, estatua de piedra colocada en el monumento del 2 de mayo de 1808, en esta corte; la *Purísima Concepción*, estatua de mármol expuesta en el Museo del Prado; *Argelletes*, busto colocado en el salon de conferencias del Congreso de Diputados; las *Cariatides* del salon de sesiones del mismo; *España victoriosa*, estatua de mármol colocada en la fuente monumental de Bañón, y otras muchas que el público ha tenido ocasión de admirar en las diferentes exposiciones artísticas celebradas de algunos años á esta parte en Madrid; la academia de San Fernando le ha nombrado para varias comisiones de importancia, y según datos que tenemos á la vista, el Sr. Medina tiene encargo de ejecutar el modelo de la estatua de *Velasquez*, que ha de fundirse en bronce para ser colocada delante de la fachada del Museo de pinturas del Prado.

X.

DESCRIPCION DEL FIGURIN DE MODAS.

Falda de foulard gris ceniza, guarnecida con dos biesses, superados por una tira recortada á picos presta hácia arriba y orillada de faja azul: sobre esta guarnición tres biesses, sosteniendo cada uno otra banda igualmente cortada en picos y subiéndola por el costado, de modo que forman un ángulo. Túnica del mismo foulard, guarnecida de una tira igual á las otras que está superada por dos biesses azules; esta túnica se halla levantada en los costados y drapada bajo un lazo colocado en la parte inferior de la espalda: un biess guarnecido en ambas orillas, con una tira cortada en picos, adorna el centro de la espalda desde el escote hasta el lazo. Una cintura

de faja azul forma en el costado derecho dos anchas lazadas, y se termina en dos bandas guarnecidas de fleco.

Falda de faja negra, adornada solamente en la delantera con tres volantes plegados y superados cada uno de un bias rosa que termina en cada extremo con un lazo sin hojas: desde estos volantes, la falda está completamente plegada perpendicularmente: cuerpo liso y alto, y mangas semilargas con otras interiores blancas. Polonesa de gasa de seda negra (ó granadina) guarnecida de un volante francido, y sostenido con un bucle de tafetan, color de rosa, recortado; el cuerpo de la polonesa queda entreabierto sobre el cuerpo del vestido; las mangas anchas de la polonesa están guarnecidas de un volante francido, sujeto con un bucle rosa; en el escote del vestido interior, encaje blanco francido: sombrero de crin negra, adornado de plumas, rosas, y de cintas rosa y negras.

X.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

de

D. ALVARO ROMEA.

(Conclusión).

EPÍLOGO.

Dos años han transcurrido desde que el pueblo de María fué teatro de las sangrientas escenas ocasionadas por la cuadrilla del Sr. Francisco.

Pocos meses despues de aquellos acontecimientos, ausentéme del lugar, adonde por razones particulares no pude volver hasta pasado el tiempo que dejó apuntado al principio de estas líneas.

Lo primero que hice en cuanto al pueblo llegué fué tratar de informarme del estado de mis antiguos conocidos.

Dirigíme á casa de María, pero tiempo perdido, no ví á nadie.

La casa blanca como una paloma y cerrada á piedra y loño, á modo de castillo encantado, se alzaba más nueva y más bonita en el mismo sitio donde fué asaltada por el Sr. Francisco; pero no ví alma viviente por aquellos alrededores á quien poderle preguntar el paradero de sus habitantes.

Entre ser importuno y satisfacer mi curiosidad, me resolví á pasar por lo primero y púseme á golpear fuertemente la puerta de la casa de Antonia, esperando que de ese modo alguien contestara, y al primero que á mi vista se presentase rogarle satisficiera el interés que allí me traía.

Pero vean Vds. como aunque llamé repetidas veces, siempre tuve la desgracia de encontrar la callada por respuesta.

Viendo, pues, que me cansaba en balde, dirigíme al pueblo á ver si por las calles encontraba alguno de mis antiguos conocimientos.

Pero como corría á la sazón el mes de julio, y el calor á pesar de ser poco más de las nueve y media de la mañana, se dejaba sentir de firme, pocas personas hallé en mi camino y esas eran todas desconocidas para mí.

Acordéme entonces que aquel día era domingo, y como inspirado del cielo me dirigí á la Plaza á ver si por suerte mia aún no se había concluido la misa mayor.

También fué inútil; las puertas de la iglesia estaban ya cerradas. Pero como á la mitad de la calle Mayor ví un hombre, apreté el paso á ver si le alcanzaba, decidiendo, fuera amigo ó no, á entablar conversacion con él y pedirle razon de lo que yo buscaba.

Pocos minutos tardé en estar á su lado, y cuál sería mi asombro al encontrarme cara á cara con Pepillo, á quien sólo á fuerza de trabajo pude conocer, pues no era ni sombra del muchacho que yo en otro tiempo conocí.

Andaba tan distraído que no se apercibió que yo marchaba junto á él.

Pepe iba diciendo por lo bajo:

Mis amigos me desprecian
Porque me ven abatido,
Todo el mundo en esta vida
Del árbol que está caído.

Decidíme, por fin, á hablarle y le llamé, pero Pepillo sin atenderme se metió en una casa situada ya casi al final de la calle, dejándome á mí en medio del arroyo hecho una figura de ramblo.

Si aquel pobre chico no estaba loco, poco debía faltarle.

Encontrábase yo en aquel entonces junto á la puerta principal del pueblo. Las verdes hojas de los copudos árboles que crecen á un lado y á otro del camino real, que nace al pié de aquella puerta, me incitaron á que me espaciera un poco á favor de su sombra bienhechora, y entrando por la alameda de la derecha seguí por el camino arriba.

Poco trecho llevaba andado, cuando al final de una veredita que nace al pié de la carretera ví una pareja que vestida de luto se dirigía al cementerio del pueblo.

Un rayo de alegría brilló en mi corazón; ya encontré parte de lo que buscaba.

Aquella pareja era María y Manolo, pero no iban solos ni acompañados de Antonia; un pequeñuelo más bonito que los ángeles llevaba María en sus brazos.

Manolo estaba algo cambiado.

En el ojal izquierdo de su chaqueta lucía una cinta pajiza y encarnada, mientras que agarrotados los dedos de su mano izquierda se plegaban unos sobre otros dejando aquella sin movimiento.

Es decir, que Manuel tenía una cruz de más y una mano de ménos.

No hubiera sido muy satisfactorio el cambio si aquella falta no le hubiera proporcionado también otra cruz que llevaban á medias entre María y él.

¿Pero por quién vestían luto nuestros dos muchachos?

La pobre Antonia, al año de haberse casado su hija, sucumbió bajo el peso de tanto disgusto como los últimos años pesaron sobre ella.

¿Parece que aquella buena mujer estuvo esperando á que cerrara sus ojos el beso angelical de su primer nietecuelo?...

Poco despues que María y Manolo entraron en el cementerio, llegué yo á la puerta de él y ví á la muchacha arrodillada al pié de las tumbas de sus padres, que al lado la una de la otra guardaban los restos de los que juntos habían vivido, mientras que Manolo se ocupaba en colocar un ramito de pensamientos sobre cada uno de aquellos dos nichos.

Una pobre mujer, pálida como la cera, delgada como la muerte, descalza y andrajosa, llevando en sus brazos una niña tan estenuada y haraposa como ella, llegaba á la puerta del cementerio á tiempo que salía de él nuestro matrimonio.

Aquella mujer hizo un movimiento involuntario al ver á los muchachos, y alargó su mano derecha en señal de pedirles una limosna.

María y Manolo se detuvieron, y este último conoció que la presencia de aquella pobre había impresionado á su mujer, y la obligó á que se retirara de aquel sitio protestando pudiera el sol hacerle daño á su pequeño.

Obedeció María, y Manuel, sacando unas monedas, se las dió á aquella infeliz, la cual al recibir aquella limosna se echó á llorar como una Magdalena.

—¿Por qué lloráis, buena mujer? la preguntó Manolo cariñosamente.

—De agradecimiento y de tristeza, replicó la pobre. Lloro, continuó diciendo, lo que quizá no comprendéis, pues

¡La inocencia y la salud
Son prendas de gran valía,
Que no las aprecia el alma
Hasta que las ve perdidas!

Y Manolo volvió á meter las manos en sus bolsillos y la dió nuevamente unas cuantas monedas.

La pobre recogiólas le dijo:

—¿Dios os dé en el ciclo tanta gloria como bien habéis sobre la tierra!

Reñóse Manolo á María, que á la sombra de los árboles le esperaba, y en cuanto estuvieron juntos preguntó esta última á su marido:

—¿Le diste limosna?

—Sí, Maruja, repuso Manuel.

—¿Cuánto?

—Todo lo que llevaba...

—¿Jesus, Manolo... añadió la muchacha. Si vieras á quién me ha recordado esa pobre.

—Á Carmen... la hija de la señora Petra, ¿verdad? replicó el interpelado.

—Sí, Manolo, á Carmela.

—¿Y qué se ha hecho de esa muchacha? preguntó aquel.

—Desde que se fué de casa, contestó María, no hemos vuelto á saber de ella para nada, y eso que mi pobre madre la buscó de verdad.

—¿Pobre muchacha, qué desgraciada fué! exclamó Manuel.

Despues de una breve pausa, volvió á decir María.

—¿Te has informado de dónde viene esa pobre?

—No: ¿por qué? preguntó el chico.

—Tengo una sospacha... repuso María preocupada.

—¿Qué pudiera ser?... ¿Espérate! contestó Manolo echando á correr hacia el cementerio.

María se detuvo y murmuró para sí:

—¿Pobre Manuel, tiene un alma de oro! ¿Qué feliz soy á su lado!...

Un rato bastante largo había pasado desde que se fué el muchacho sin que hubiera vuelto á aparecer.

Ya empezaba á impacientarse María, cuando vió que volvía su marido.

—¿Qué hay? le preguntó aquella en cuanto estuvo á su lado.

—Nada; la he buscado por todas partes y ha desaparecido.

Con efecto, había desaparecido y no volvió á saberse más de aquella pobre mujer.

—¿Qué pena me ha dado ver á aquella niña tan estenuada! ¡Dios nos libras!... dijo la muchacha mirando á su pequeñuelo.

—¡La santa Virgen María,
Ángel de mi corazón,
Te bendiga desde el cielo
Como te bendigo yo!...

Exclamó Manuel inclinándose para besar el rostro de su hijo; mas, sin duda por descuido, sus labios fijáronse ántes en la purísima frente de María.

MODAS.

Madrid 26 de mayo de 1872.

Fodría creerse á primera vista que la moda se halla estacionada, al mirar los trajes siempre levantados al estilo de Luis XV, que se hacen para la estación presente, y que se han confeccionado desde la última vez que tuvo el gusto de hablar con mis lectoras; pero no es así: la moda sufre en estos momentos transformaciones graduales, y no obstante muy ciertas. Los trajes á lo Luis XV son demasiado caprichosos para que constituyan la moda exclusiva, y aun para ser generalmente adoptados: se verán muchos este verano, y sobre todo durante la temporada de baños, y en las poblaciones donde aúnyen más las damas de gran fortuna y que pueden tener gran número de vestidos; pero al lado de esos trajes de fantasía que ostentan al estilo Watcan y el Pompadour, se ven, y se verán cada día más, equipos sencillos que las mujeres elegantes llevan con una gran distinción: nada hay exclusivo en nuestras modas actuales, y el sello general de ellas consiste en la gracia del corte, en el esmero de los adornos, en la perfección de los detalles.

En uno de los palcos del elegante teatro de Madrid se hallaba hace pocas noches una jóven encantadora que acababa de llegar de París; lucía un traje de exquisita novedad y buen gusto.

Solamente tenía una falda, y era de grós verde-agua; el cuerpo, con largas aldetas en punta á los costados, se abría sobre un chaleco que formaba dos agudos petos delante y quedaba escotado en el pecho: una camiseta de encaje blanco lucía su delicado dibujo, y se abría en chal, para dejar ver un collar de granos de oro muy menudos, y de diez vueltas. Las mangas, largas y casi ajustadas, eran del mismo encaje blanco que la camiseta, y ensanchaban junto á la mano por medio de una nube de encajes.

Un echarpe de crespon de la China, verde como el vestido, y que guarnecido de un fleco de seda del mismo color se anudaba en dos cabos sobre cada hombro, en el pecho y en la espalda, quedaba escotado, formando el ornato más gracioso y más nuevo que es posible imaginar: todo el cuerpo del vestido estaba adornado con un bias de la tela del mismo, y con un encaje blanco: en los cabellos llevaba guirnalda de flores de los campos, empujando sobre la frente con un grupo, y cayendo todo lo largo del peinado hasta cerca del tallo.

.

Algunas veces el capricho imita al lujo, y desde el mas que viene se verán sencillos vestidos de persa con faldas drapeadas á lo Watcan, sobre otras faldas de percal de mil rayas, con una coquetería encantadora: porque, sabedlo, la persa es lo que se va á llevar más este estío, para trajes de casa, de paseos matinales, de viaje, campo y playa.

La generacion actual no hemos visto emplear la persa más que para cortinas y fundas de sillería; pero las



FIGURIN DE MODAS.

tejidas ahora con el objeto de que sirvan para vestidos, tienen dibujos apropiados, llenos de gracia y de frescura: el fondo de estas telas es gris, blanco, verde muy claro y azul serpiente, y las ramas floridas, los ramitos á la Pompadour ó las guirnaldas de hiedra, forman los dibujos más encantadores.

El mismo estilo se reproduce en los tejidos de seda, y alteruan con los pequinos alemanes de mil rayas, tan graciosos para los vestidos de las niñas y de las jovencitas.

En cuanto á hechuras, según la descripción del primer traje que he citado en esta revista, se ve que se empieza á ensayar el hacer los vestidos con una sola falda, y que el éxito, aunque algo lento, parece seguro: ha visto un traje de fondeó, de fondo color de paja sembrado de ramitos azules, y hecho con una sola falda: ésta se hallaba completamente cubierta con diez y nueve volantes, orillados con un vivo de raso azul: el cuerpo tenía unas abjetas muy pequeñas adornadas con dos volantitos iguales, y la manga, ajustada, tenía tres grupos de cuatro volantes cada uno, que le daba alguna semejanza con las bullonadas, aunque el efecto de los volantes era mucho más lindo que el de los bullones: era uno de los trajes más distinguidos y más nuevos de la actual estación.

En mi última revista ofrecí á mis amables lectoras hablarles de peinados y sombreros, y voy á cumplir mi promesa.

La disposición de los esbellos ha variado algun tanto, y las castañas larguísimas han desaparecido por completo: igualmente se hallan proscriptas aquellas fabulosas cantidades de tirabuzones que salían por debajo de los sombreros, y que elogiaban desde muy lejos, no la abundancia de la cabellera, si no la habilidad del peluquero: tales exageraciones, que nunca han sido de buen gusto, son hoy inadmisibles: hoy se ven adorables cabecitas femeninas arregladas con sencillez, y muchas peinadas sólo con su propio cabello: si el rodete redondo y alto no ha tenido el gran éxito que se esperaba, se admite adicionado por algunos rizos ligeros, y colocados con esa sencillez que es tan encantadora, porque parece natural; las trenzas dobladas y puestas desde la parte superior de la cabeza hasta el nacimiento del cabello, se dividen también con algunos tirabuzones: los bandós de las sienes, ondulados, aunque más ligeramente que ántes, se siguen llevando echados hácia la frente, dando así á las cabezas cierto carácter que participa de la belleza griega, la más dulce y simpática de todas.

Los sombreros van creciendo: ya tienen ala, copa y bavolet: es decir, todo lo que tenían cuando eran enor-

mes: la forma ha variado sensiblemente, aunque el tamaño sea todavía bastante reducido: la verdadera y encantadora novedad son los de paja calada, adornados con capullos de rosas, con espigas ó con flores de los campos, tres géneros de ornato que son los únicos propios de los sombreros del cálido estío.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

| EN MADRID. | | EN EL PUERTO-RICO Y ESTRANJERO. | |
|-----------------|--------|-----------------------------------|-------|
| Tres meses..... | 22 rs. | Medio año..... | 85 » |
| Medio año..... | 42 » | Un año..... | 160 » |
| Un año..... | 80 » | | |
| EN PROVINCIAS. | | AMERICA Y ASIA. | |
| Tres meses..... | 30 » | Un año..... | 240 » |
| Ses meses..... | 56 » | Cada número suelto en Madrid..... | 4 » |
| Un año..... | 100 » | | |

